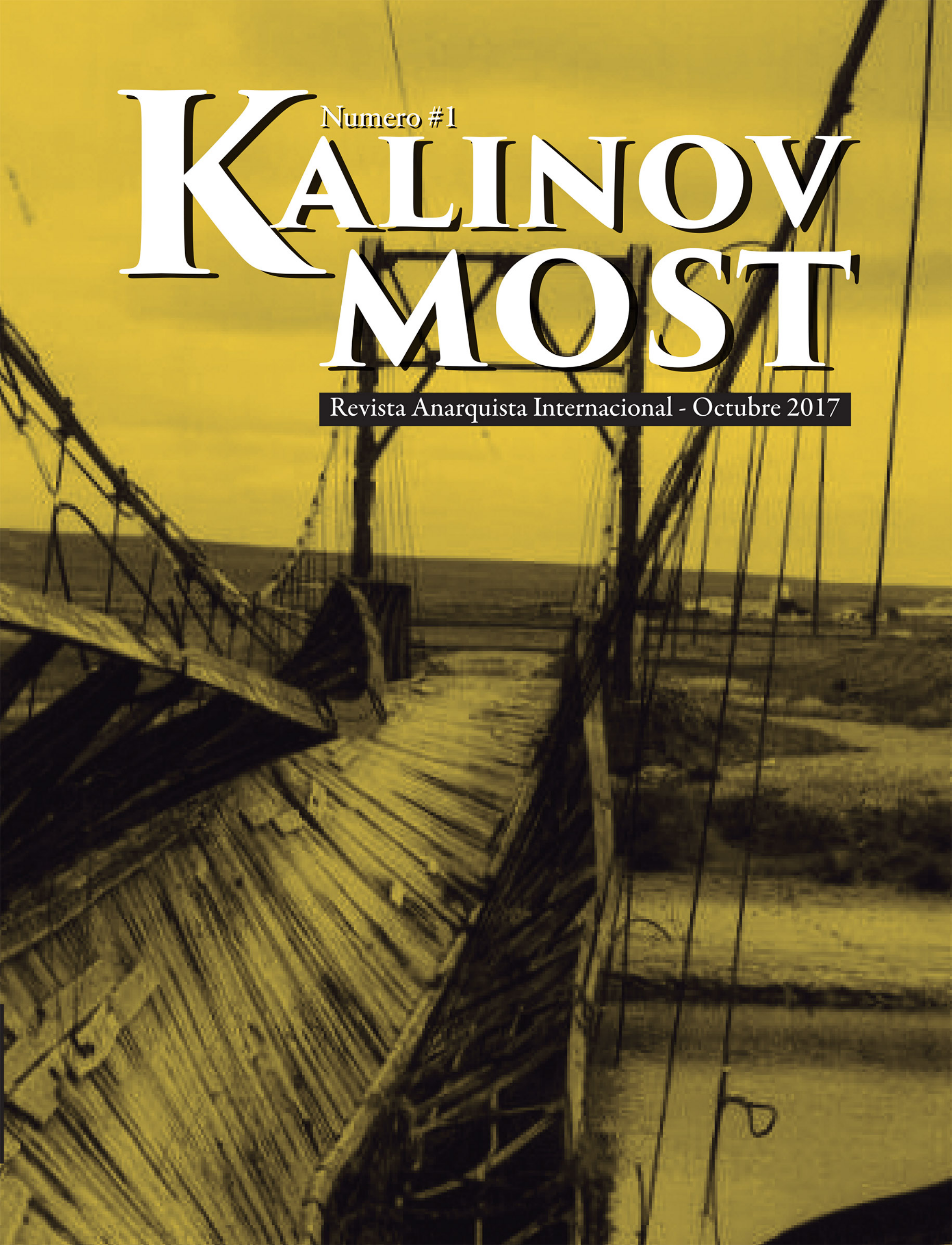
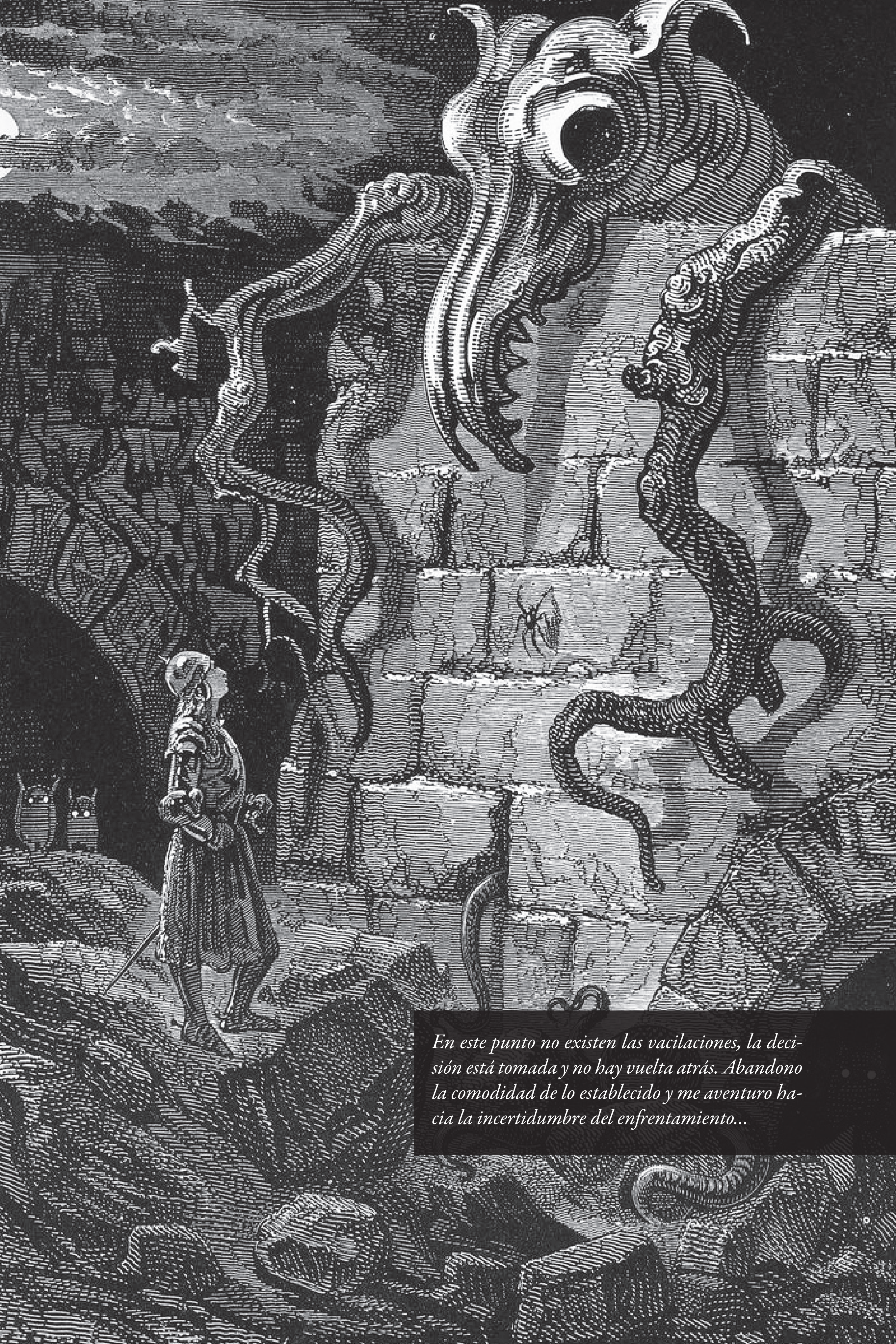


Numero #1

KALINOV MOST

Revista Anarquista Internacional - Octubre 2017


En este punto no existen las vacilaciones, la decisión está tomada y no hay vuelta atrás. Abandono la comodidad de lo establecido y me aventuro hacia la incertidumbre del enfrentamiento...

Kalinov Most es un nombre de la mitología medieval rusa que significa Puente de Kalinov, el cual une el mundo de los vivos con el infierno, separados ambos por un río de fuego. Quien decide adentrarse en el puente es con el propósito de abandonar el mundo de los vivos y lo hace por voluntad propia. Llegado a este punto no hay posibilidad de retorno por lo que el puente representa un límite donde no hay titubeos ni dudas. La opción está tomada y asumida.

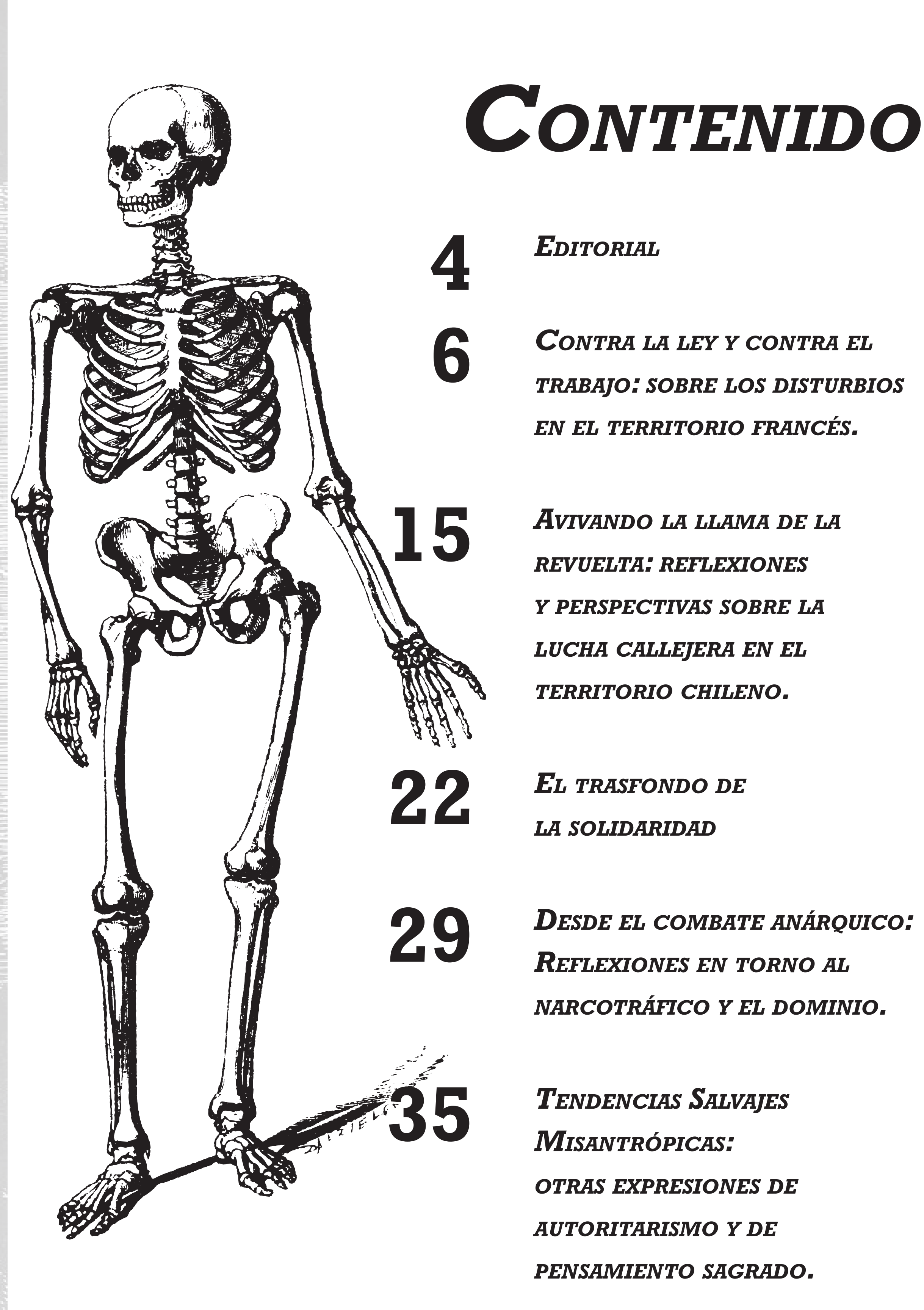
Esta revista es una invitación a quebrar con lo existente, a asumir la confrontación contra el poder en toda su amplitud y complejidad sabiendo que representa un camino sin retorno del que no sabemos qué puede deparar. Al decidirnos cruzar la frontera de lo establecido dejamos atrás la monotonía y la rutina de la vida ciudadana, rompemos esquemas y dogmas esclavizadores aventurándonos en el enfrentamiento irrefrenable y permanente. No hay arrepentimiento, no hay lamentaciones, no hay pasos atrás en esta opción libre e individualmente elegida que asumimos con todo lo que pueda conllevar.

Con esta publicación pretendemos aportar a los diferentes debates y reflexiones existentes en los espacios anarquistas y antiautoritarios desde una posición que busca afilar ideas y prácticas de confrontación al dominio alejadas de toda doctrina. Pautas y normas morales de comportamiento sólo limitan y coartan la libertad individual, por lo que entendemos el enfrentamiento como un proceso dinámico capaz de reinventarse constantemente, tensionando nuestros entornos y a nosotrxs mismxs. El cuestionamiento permanente permite profundizar acciones buscando, de esta forma, agudizar la conflictividad.

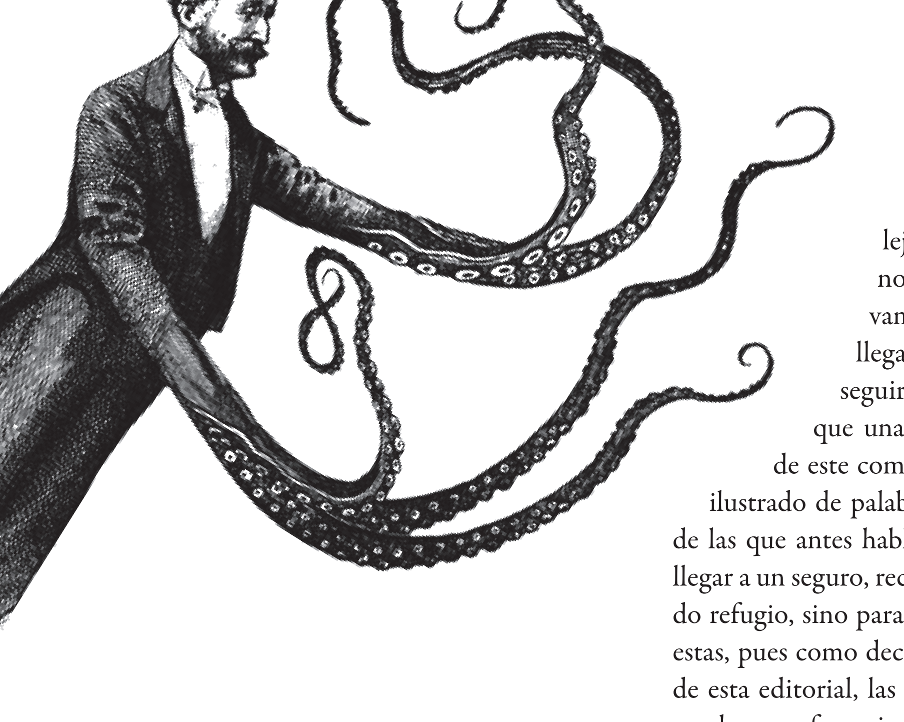
Al analizar experiencias desde diferentes territorios intentamos fortalecer y ahondar la reflexión con respecto a temas específicos. Esto permite conocer realidades e iniciativas llevadas a cabo en diversas situaciones y contextos para entrecruzarlas, complementando así nuestra postura sobre alguna cuestión en concreto. De esta manera nos alejamos del mero reporte periodístico que sólo describe una situación particular de un territorio particular, como también de los lastimeros artículos de denuncia para adentrarnos en el necesario diálogo de experiencias que inevitablemente refuerza la práctica confrontadora al ampliar puntos de vista y romper fronteras.

Esta revista supone una apuesta por transitar los negadores caminos de la anarquía en sus múltiples aspectos, supone decisión sin posibilidad de retorno ni arrepentimiento, supone, entonces, la construcción de un Kalinov Most.

Contenido



Editorial



Esto que tienes entre tus manos es el primer número de Kalinov Most, una revista anarquista de carácter internacional.

La idea de sus hacedores/as es que este montón de papeles sirva también para formarnos, conocernos, fortalecernos y comunicarnos con unas ideas, viejas como la autoridad (dado que la rechazan), que, sencillas, claras y concisas, tratan de abrirse camino hacia la práctica (porque de ella surgen) en un mundo más confuso y vacío que nunca. Sólo teniendo claro el camino y los objetivos, tendremos claro hacia dónde vamos, o mejor dicho, que vamos hacia algún sitio, aunque ese sitio sea lo incierto o lo desconocido. De hecho, como decía el ínclito Goethe, "nunca llegamos tan lejos como cuando ya no sabemos hacia dónde vamos". No se trata de llegar a ningún lado, sino de seguir avanzando, porque más que una meta, para lxs autorxs de este compendio encuadernado e ilustrado de palabras lacerantes, las ideas de las que antes hablábamos no sirven para llegar a un seguro, reconfortante y programado refugio, sino para avanzar. Qué ideas son estas, pues como decíamos en el encabezado de esta editorial, las anarquistas. Unas ideas que hacen referencia al anarquismo, a la anarquía. Sencillo ¿no? Para qué complicarse más, para eso ya están universitarixs, políticxs, sindicalistas y otrxs gurús de aburridas sectas.

Pero ¿qué es para nosotros el anarquismo, o mejor dicho la anarquía? Pues ni más ni menos que un modo de vida, una ética y un conjunto de teorías y prácticas filosófico-políticas, vitales, que comprenden un ataque a toda autoridad, una tensión en la vida, un afrontar las cosas en primera persona que, lejos de llevarnos a buscar un modelo social para el "pueblo", nos impulsan a querer contagiar el virus de la rebelión y el anti-autoritarismo en las personas y a restaurar la ética base de los principios originales del anarquismo: que el individuo es el centro de todo, que sin él no puede existir nada pero que, a su vez, es una construcción colectiva y "social" y que

por lo tanto individual y colectivamente debe desprenderse de las cadenas de la opresión.

La colectividad, algo interesante para el individuo pero no un fin en sí mismo, se ha institucionalizado degenerando en "sociedad", una estructura donde se organiza el poder colectivo por la vía del estado y donde toda una serie de especialistas nos dirigen la vida, amparados en una mentalidad "social" que los legitima y que hace que los individuos sean entes aislados y egotistas que sigan cual borregos una masa de otros entes aislados y egotistas y refuercen el poder del estado. Para nosotros la sociedad no es solo un conjunto de personas, sino una institución con un conjunto de personas oprimidas por un conjunto de prácticas (surgidas de manera inherente de esa propia colectividad instituida, degenerada, de esa misma institución) organizadas y dirigidas por el estado y bajo la lógica de la Economía (hoy bajo la forma del capitalismo).

Por ello aspiramos a un modo de vida radicalmente opuesto que intentamos aplicar desde ya e intentamos instar a que otros lo apliquen, si razonadamente así lo quieren, y para ello la base de todo es la lucha contra el sistema, contra la autoridad pues representa lo contrario de lo que queremos aplicar. No es que sea un obstáculo en nuestro camino (pues un obstáculo se puede salvar u obviar, pero eso nos llevaría a seguir teniendo el obstáculo a nuestra espalda o al aislacionismo y a crear una burbuja dentro de un mundo sin sentido), es que es nuestro principal problema y hasta que no sea destruido no podremos vivir plenamente acorde con nuestras concepciones. De hecho nuestras concepciones son enemigas de este engendro autoritario.

Por eso en este afilado magazine vamos a ver más profundamente una serie de temas sobre los que reflexionar y que, con una diversidad de temas interesantes para lo anárquico, tratan de ahondar en algunas otras cuestiones de fondo que se irán poco a poco, número tras número, explicando: qué es la solidaridad, cuáles son algunas posibles aristas para abordar el necesario conflicto contra el poder, qué es el individuo, qué es la sociedad y cómo el anarquismo siempre ha tenido históricamente una importante tendencia individualista/insurgente que vamos a tratar de explicar lo mejor posible para intentar combatir toda la carga de prejuicios que contra ella hay.

Porque somos "anti-sociales" si se concibe la sociedad tal y como la hemos definido (una institución autoritaria a combatir, independientemente de cómo se articule o gestione) pero al mismo tiempo somos "sociales" (que no populistas) si se concibe el anarquismo como un intento de contagio de nuestras ideas y prácticas a cada vez más individuos para, entre otras cosas, formar toda una miríada de pequeñas colectividades anti-autoritarias y combativas, una red de comunidades de lucha que acaben con cualquier forma de autoridad y vivan, en el presente y en el futuro, como decidan vivir y no siguiendo un programa, una doctrina o unos estatutos (lo cual nos parece la expresión más evidente y básica del autoritarismo) o como diga una Asamblea; ente que se ha convertido en una institución decisional suprema, alejándose del espacio de comunicación y coordinación que debería ser.

En tus manos esta revista, y en tus manos también la voluntad de querer discutir, disentir, formar y formarte, clarificar, reflexionar, y sobre todo, luchar.

Carguen, apunten... Kalinov Most.



Contra la ley y contra el trabajo: sobre los disturbios en el territorio francés.

A modo de introducción

Para lxs anarquistas que apostamos por la insurrección individual y colectiva contra el sistema de dominación, siempre está presente la cuestión de que las actividades que queremos llevar adelante vayan en el sentido de una posible generalización del conflicto contra el Poder. Conscientes de que el hecho de insurgirse contra el estado de las cosas en sus múltiples y devastadoras expresiones es ante todo individual, no se trata para nada de posponer el ataque contra las estructuras y lxs representantes del dominio, sino de tomar parte, en primera persona y con nuestras afinidades, en la guerra social, buscando ángulos para incidir en ella e intentando contagiar ideas y métodos antiautoritarios. Por ello vamos desarrollando proyectos de agitación ofensiva, impulsando luchas autónomas contra varios aspectos de la autoridad, sin esperar cualquier ilusoria "gran noche" donde se decretaría la finalización, o sea el entierro, de la, tan anhelada, revolución social. De hecho no consideramos los procesos insurreccionales y revolucionarios como algo lineal y acabado, sino como el fruto y el terreno de diversas tensiones, entre otras la tensión anarquista hacia la liberación total. En este sentido también nos importa estar atentxs a otras expresiones de rebeldía y preguntarnos si y cómo se podría favorecer la retro-alimentación entre ciertas dinámicas conflictivas y contribuir a crear rupturas consecuentes, tanto a nivel individual como colectivo.

La conflictividad social tiene diversas intensidades y formas según los contextos y los momentos. Sin querer reducir toda la complejidad de la guerra social en curso a ellas, en las últimas décadas en Francia algunas de estas formas han sido las revueltas en ciertos barrios a raíz de las actuaciones de los guardianes del Estado (la mayoría del tiempo asesinatos policiales). A menudo estas revueltas quedan circunscritas en un espacio reducido, donde terminan ahogadas en pocos días por la militarización del terreno y por la recu-

peración política del conflicto, las habituales promesas de justicia y cierto clientelismo. Menos mal que las revueltas que se extendieron durante varias semanas en el 2005 vinieron a contradecir de manera estruendosa esta triste observación: tomaron una amplitud que superó de lejos su punto de partida con la propagación en el territorio y el tiempo de una infinidad de acciones destructivas contra objetivos variados (toda clase de instituciones, templos del consumo etc.). Así se pudo ver cómo, lejos de considerar a lxs jóvenes de la periferia parisina (donde dos adolescentes habían encontrado la muerte tras un control policial) como los únicos legítimos para rebelarse, muchxs cogieron este estallido de rabia en el que se reconocían como una oportunidad para atacar con más ardor lo que les oprime a diario; entre otrxs, lxs anarquistas no dudaron en aportar su llama a la revuelta. Por algunas (tal vez no tan) misteriosas razones, el fuego se propagó y dejó huellas en el tiempo, aunque se apagó por falta de oxígeno.

Otra forma bastante recurrente de conflictos, más o menos amplios en el contexto francés, son los llamados "movimientos sociales", protestas que se han dado con bastante regularidad, generalmente en oposición a unas reformas - mientras otras luchas se oponen a proyectos concretos del Poder. Estas movilizaciones tienen distintos puntos de partida y características, pero en varios momentos también han constituido ocasiones en las cuales la rabia acumulada se desató, rebeldes de varios horizontes participaron en los disturbios atacando las fuerzas del orden, así como otros símbolos del Poder y de la mercancía. Esto fue por ejemplo el caso en el 2006 con la movida contra el CPE (contrato de primer empleo) en la cual jóvenes y menos jóvenes, entre otrxs también anarquistas, alimentaron la ofensiva.

Más recientemente, en el 2016, surgió otro conflicto de este estilo (aunque con sus características propias) en contra de una enésima reforma del Código del trabajo destinada a agravar aún más las condiciones de explotación: la llamada "Ley trabajo", también calificada de "Ley ¡trabaja!". Si volvemos aquí sobre este episodio de conflictividad que se extendió durante cuatro meses con varias formas e intensidades en diversas ciudades del territorio no es para entrar en sus detalles, ni tampoco para hacerle un elogio incondicional. Queremos más bien con este ejemplo intentar ilustrar ciertas cuestiones acerca de la intervención anarquista en conflictos más amplios que no impulsamos.

¿Porque intervenir en ciertos conflictos?

A parte de la irreconciliable hostilidad hacia la autoridad que expresamos en nuestro actuar cotidiano, la participación en varios conflictos también depende de los potenciales y posibilidades que vemos en ellos, con la perspectiva de romper con los mecanismos tan habituales e integrados del Poder. No hace falta decir que, de entrada, quedan excluidas contestaciones con propósitos claramente reaccionarios, pero aun así ciertos conflictos tienen limitaciones que no despiertan las ganas o el interés de intervenir en ellos de otra forma que negativa. Puede ser ligado a su punto de partida (por ejemplo demandas parciales para preservar cierto status quo), como también a sus expresiones y a las formas organizativas que toman. Históricamente los sindicatos, de distintos índoles pero sobre todo ligados al partido comunista y a grupos izquierdistas, han jugado un papel muy importante en luchas reivindicativas y reformistas en el contexto francés. Como en todas partes, siempre cumplen su función de co-gestores de la explotación, buscando asegurar su trozo de poder, sus intereses y su posición de interlocutor de los patrones y del gobierno, pero para esto (al contrario de otros países), bajo ciertas condiciones y la presión de sus bases, pueden llegar a veces a

defender o utilizar ciertos medios propios de la guerra social tales como sabotajes puntuales, de los cuales reclaman el monopolio. Del mismo modo, en determinadas circunstancias pueden enfrentarse con la policía para establecer una relación de fuerza, mientras la mayoría del tiempo trabajan conjuntamente con ella para mantener el orden. Esto sirve para decir que los medios empleados durante un conflicto no indican en sí el grado de radicalidad de éste. Por nuestra parte rechazamos decididamente participar en cualquier lucha al lado de organizaciones que la controlan imponiéndole sus pautas y servir de mano de obra instrumentalizada de intereses a los que somos totalmente contrarixs.

A la inversa, otras protestas tienen características que sugieren que no están bajo control y que se pueden dar posibilidades de superar su punto de partida inicial, como desbordar el marco en el que distintas instancias (sindicales, políticas, ciudadanistas...) lo quieren encuadrar. En el caso específico de la ley "¡trabaja!" es importante recalcar que el conflicto surgió en condiciones bastante peculiares : en pleno estado de emergencia después de los atentados yihadistas, mientras sonaba la propaganda estatal, llamando a la unidad nacional del rebaño ciudadano detrás de los sacrosantos valores republicanos y detrás de sus representantes uniformados, con la consiguiente militarización del territorio, las prohibiciones de manifestaciones y arrestos domiciliarios administrativos para personas consideradas como peligrosas para el orden público, entre otras, compañerxs. Las manifestaciones en contra de esta reforma no fueron las primeras en desafiar estas condiciones pero fue un paso bastante significativo que irrumpiesen en el clima de guerra contra el terrorismo y contra los enemigos interiores alentado por el Estado. También vale señalar que gran parte del descontento debido a condiciones de supervivencia cada vez más miserables a todos los niveles, se dirigió en contra del partido socialista en el gobierno por no haber cumplido sus promesas de "progreso social". No es que veamos como una traición el hecho de que los partidos posicionados a la izquierda del tablero político promulguen leyes claramente en favor de una explotación más extensa de todo y todxs, pues esto les corresponde, pero la aversión bastante difundida contra la izquierda en el poder favoreció la profundización de la crítica de la política en sí, así como del circo democrático. Esta situación (además con vista a las próximas elecciones presidenciales y parlamentarias) también puso a los sindicatos en una posición



poco cómoda: por su relación con el partido socialista varios tomaron la vía de la negociación y en un primer momento otros quedaron bastante rezagados, aunque concertando las fechas de movilización para no perder el control y más peso en sus propias filas.

Además, desde el principio apareció claramente que para muchxs esta ley solo era la gota que hacia desbordar el vaso y que cogían esta oportunidad para expresar su rabia y odio hacia un montón de otras cosas. Sin querer retomar categorías sociológicas (propias de expertxs, universitarixs y otrxs observador-

xs exteriores) sobre sus componentes, varios bloqueos de escuelas e iniciativas de manifestaciones demostraron que estudiantes o alumnxs entraban en juego al lado de otrxs, trabajadores o no, con carné o sin él.

En París, los días de grandes manifestaciones, convocadas por la tarde, tuvieron lugar por las mañanas otras manis (no necesariamente autorizadas) impulsadas desde los institutos y/o las universidades pero a las cuales se juntó quien quiso. De entrada, salieron del marco laboral e implicaron un alto grado de conflictividad en contra de las

En las manifestaciones más amplias de las tardes y, a través duros enfrentamientos con las fuerzas represivas (tanto policiales como de los servicios de orden sindicales), también se constituyeron partes autónomas combativas que fueron creciendo tanto a nivel cuantitativo como a nivel cualitativo.

Varios ecos proviniendo de otras ciudades donde surgieron disturbios o se iban desarrollando dinámicas conflictivas, confirmaron los deseos de apostar por una extensión y una profundización del cuestionamiento de lo establecido.



fuerzas policiales, que tenían como consigna encuadrar estrictamente las movilizaciones, algo relativamente nuevo en Francia, donde antes grupos de manifestantes ágiles disfrutaban de cierta movilidad para pasar a la ofensiva. El hecho de que, pese a sus esfuerzos para aislar las partes más combativas bajo el lema "solo son vandalxs", facilitando así mismo el sucio trabajo de los uniformados, las organizaciones estudiantiles fueran totalmente desbordadas, demostró que muchxs de lxs participantes al menos compartían cierta rabia y determinación.

¿Unidad o rupturas?

Un conflicto no es algo homogéneo. De hecho, la diversidad de lxs participantes, con su individualidad, sus puntos de vista e ideas, se reflejan en él. Por supuesto, ciertas luchas se impulsan sobre determinadas bases con perspectivas, objetivos y métodos claros, pero estamos hablando de un conflicto que no tiene estas características.

Sin contar otros espacios como asambleas etc, decenas de miles de personas se encontraron en la calle, cada una por sus motivos

(yendo de la demanda de retirar la ley del trabajo hasta la rabia en contra del sistema, el odio de toda autoridad ...) y su forma de enfocar el conflicto (democrática o no, en el estrecho marco de la legalidad o no, etc). A esto cabe añadir la presencia de grupos políticos interviniendo con sus perspectivas e intereses. No nos interesa aquí entrar en los detalles de los politicuchos, que intentan llevar la rabia a cauces democráticos y hacia demandas "razonables" que pretenden cumplir en cuanto tengan el Poder. Tampoco nos extenderemos sobre el papel de los habituales apagadores de la revuelta, como los sindicatos y ciudadanistas, ya sabemos que tenemos que enfrentarnos con ellos en el camino hacia la libertad. Pero no son los únicos obstáculos, pues también entre lxs que quieren llevar el conflicto mucho más allá de su punto de partida en una perspectiva insurreccional y revolucionaria, un abismo separa lxs autoritarixs y antiautoritarixs.

Un punto común de lxs autoritarixs es la voluntad de hegemonía con los intentos de aglutinar el máximo de personas (les llamen "gente", "pueblo", "masas" u otras abstracciones…) detrás de sí para dirigirlas hacia lo que ellos han definido como la meta. Así, abundan izquierdistas que, en tanto que vanguardia iluminada, pretenden concienciar a supuestos "sujetos revolucionarios" y prepararlos para la toma del Poder. Pero los mecanismos autoritarios y el populismo pueden vestir posturas aún más perniciosas, intentando, por ejemplo, reducir las tendencias antiautoritarias en algún frente común - mientras no tengan la fuerza de erradicarlas, por supuesto… Por lo tanto, tenemos bien claro que la única relación que podemos tener con ellos es una hostilidad que plasmamos tanto en el discurso como en la práctica.

En nuestra perspectiva anarquista no cabe la idea de tomar las riendas de cualquier conflicto o de algún proceso insurreccional si se va dando. No buscamos alianzas con grupos u organizaciones que tienen perspectivas opuestas a la emancipación, como tampoco buscamos convertir a nadie. Actuamos en primera persona con lo que somos y pensamos, buscando complicidades sobre esta base en el seno del conflicto, conscientes de que este no es estático sino dinámico y que el gusto de la libertad también viene auto-determinando su propio actuar.

En este sentido asumimos participar en este conflicto como minorías activas, o sea, como protagonistas anarquistas con nuestras ideas, ética, perspectivas y propuestas, que difundimos sin tregua pero sin buscar ningún consenso ficticio.

Así, más allá del juego de palabras que transformó "contra la ley del trabajo" en "contra la ley y el trabajo", se planteó en palabras y hechos una crítica antiautoritaria de estos pilares del sistema de dominación, tal como la necesidad de acabar con éste a través de rupturas violentas; en contra de toda veleidad de reformar lo existente y de negociar los eslabones de las cadenas que nos oprimen; en contra de las estrategias del paso a paso. Como era de esperar, estos contenidos no recogieron ninguna unanimidad, pero suscitaron discusiones acaloradas y a veces guiños cómplices.

Las líneas de ruptura se plasmaron al interior mismo de los bloques más combativos. Dado los enormes dispositivos represivos destinados a impedir todo desborde haciendo un uso masivo de armas como balas de goma, granadas, gases, en un principio muchas energías se emplearon en enfrentamientos contra las fuerzas del orden y esto permitió aflojar el estrecho encuadramiento de las manifestaciones que pretendían imponer. No obstante, bastante rápido, notamos las limitaciones de una ofensiva que se limita a choques más o menos frontales contra robocops, no solo por la evidente desigualdad en la correlación de fuerzas, sino también por su aspecto ritualizado y sobre todo reducido. Más allá del reflejo condicionado que consiste en focalizarse prioritariamente en los uniformados, también se evidenció por parte de ciertos grupos una estrategia consistente solo en promover los enfrentamientos masivos contra la policía; por una parte porque les permitía encabezarlos de

forma real, pero también espectacular, y, por otra, porque veían en el odio contra la policía (de hecho bastante compartido) un mínimo denominador común capaz de generar consenso en la "muchedumbre", pues razonan en estos términos, que no son nuestros.

Frente a estas veleidades de centralización y a la limitación de la revuelta que esto implicaba, otra opción consistió en desarrollar otros tipos de ataques, correspondiendo a una concepción descentralizada y antiautoritaria del conflicto, donde el ataque parte de la iniciativa de individuos que se asocian para actuar directamente sin liderazgos y donde la ofensiva va mucho más allá de los guardias, apuntando a la destrucción de lo que defienden.

Así, surgieron varios grupos en el seno de los bloques que aprovecharon los márgenes de actuaciones abiertas para atacar una gran variedad de objetivos (entre los cuales destacaron los bancos, las agencias de empleo, de formación, de seguros, inmobiliarias, instituciones...).

Estos ataques a lo largo de las marchas no dejaron de suscitar varias críticas, no solo con los clásicos argumentos morales de la "no-violencia", sino proviniendo también de grupos partidarios de un "uso estratégico" de la violencia, que pretenden determinar ellos e imponer a lxs demás, según la lógica de no "dividir el movimiento" (negando así mismo su heterogeneidad), de no alejar a la "gente" o de no asustar la "opinión pública" (otra ficción más construida por la propaganda mediática).

Demostrando que ni siquiera los pretendidos estrategas de alto vuelo detienen la ciencia exacta de los "ritmos del movimiento", que la destrucción no es monopolio de nadie y que la rabia es contagiosa, los ataques se fueron multiplicando hasta tal punto que incluso ciertxs adeptxs del "todxs unidxs" tuvieron que cambiar de marcha. No obstante se dieron el mismo tipo de discusiones acerca de los objetivos de los ataques, nuevamente con el argumento del consenso, o, a la inversa, del disenso que pueden generar. A la retórica, según la cual habría que adaptarse al actuar propio de la mayoría (o mejor dicho a lo que ellos piensa que ella piensa), y, por lo tanto, atacar solo símbolos de la explotación, beneficiándose de la legitimación del mayor número de personas posible (como los bancos por ejemplo), se opuso, a la vez, el actuar según otros criterios y la profundización de la crítica de lo que nos oprime a diario, identificando como enemigos los múltiples engranajes del Poder. Así, se enfrentaron estas posturas y dinámicas opuestas y ciertos ataques generaron una gran tensión en el interior mismo de los bloques combativos; como por ejemplo cuando algunxs encapuchadxs intentaron impedir el ataque al local de una asociación humanitaria (pese a su función de colaboradora del sistema y de explotación de la miseria) o cuando en varias ocasiones fueron atacados medios de comunicación, incluso alternativos, no solo por su papel de lacayos del Poder, sino también por participar de lleno en el chivateo y la espectacularización de la revuelta (lamentablemente ayudados en ello por la inmensa cantidad de cacharros tecnológicos al estilo Smartphone!). Esta manera de tratarlos chocó efectivamente con tácticas precisamente basadas en cierta imagen de sí y de los acontecimientos.

Sin duda las manifestaciones masivas y anunciadas que implican la concentración, al mismo tiempo, de decenas de miles de personas y de enormes dispositivos policiales, no constituyen el terreno más propicio para la iniciativa individual y a la auto-organización para la ofensiva. Al contrario, inducen, a menudo, a intentos de toma de control y lógicas de delegación y de seguidismo, por el gran número y por el terreno definido y marcado por otrxs. Por otra parte la formación de bloques, aunque sean combativos, dificulta determinar las condiciones del propio actuar sin poder tener una visión de conjunto de la situación.

En cambio lo que en Francia llamamos "manifestaciones salvajes", en el sentido de espontáneas y ofensivas, ofrecen muchas más posibilidades de elegir su propio recorrido, su

propio ritmo y sus objetivos. El efecto sorpresa, la gran movilidad y la diseminación en distintos grupos permiten desorganizar las fuerzas del orden y evitar su presión constante, lo cual da el aire indispensable, tanto a la toma de iniciativas, como en los intercambios, entre otros, en las prácticas destructivas.

No vamos a detallar aquí la gran cantidad de manifestaciones salvajes que han recorrido las calles de París, muchas de ellas de noche, a lo largo de estos 4 meses. En su transcurso fueron atacadas comisarias, incendiados coches policiales, reventados edificios públicos y saqueados supermercados, pero si para muchxs de nosotrxs fueron mucho más apasionantes e inspiradoras que las marchas más multitudinarias, no solo fue por la cantidad de destrozos que generaron, sino también por la creatividad a la cual dieron libre curso y por los encuentros que hicimos auto-organizándolas en el camino. Sería mentira pretender que estas manifestaciones enrabiadas hayan sido únicamente impulsadas por anarquistas, pero cierto es que en lugar de participar en el circo democrático, festivo y ciudadano de Nuit debout (equivalente de lxs Indignadxs en varias ciudades), muchxs antiautoritarixs tomaron la ocupación de la céntrica Place de la République como un punto de partida para expandir las hostilidades en la metrópolis y promovieron la proliferación de estas iniciativas con el fin de seguir sembrando el desorden.

Visto que la espontaneidad no constituye ninguna fórmula mágica para evitar los mecanismos de poder y de delegación, siempre tenemos que estar atentxs a combatir toda lógica de dirigir y/o controlar el curso de las cosas bajo el manto de la eficacia. Pero las iniciativas descentralizadas facilitan la expresión directa de los desacuerdos e incluso tomar la decisión de impulsar otra, tanto como abren espacio para cuestionar el fondo de la especialización y la jerarquización de roles.

La ilusión cuantitativa

Son varias las razones que pueden explicar que este conflicto se desinflara en junio del 2016. Entre otras se pueden mencionar la represión, cada vez más brutal, de las fuerzas policiales, destinada a apretar el nudo e imponer el miedo (de hecho hubo un montón de manifestantes heridxs de gravedad), la llegada del verano con las "vacaciones" incluso de la lucha ("para descansar del jodido cotidiano") y la decisión del gobierno de promulgar la ley sin más dilaciones ni debate parlamentario, pero aliviada de unos de sus puntos más contestados. Fuera como fuese, cuando los sindicatos silbaron el fin del partido, la inmensa mayoría se volvió pa' casa.

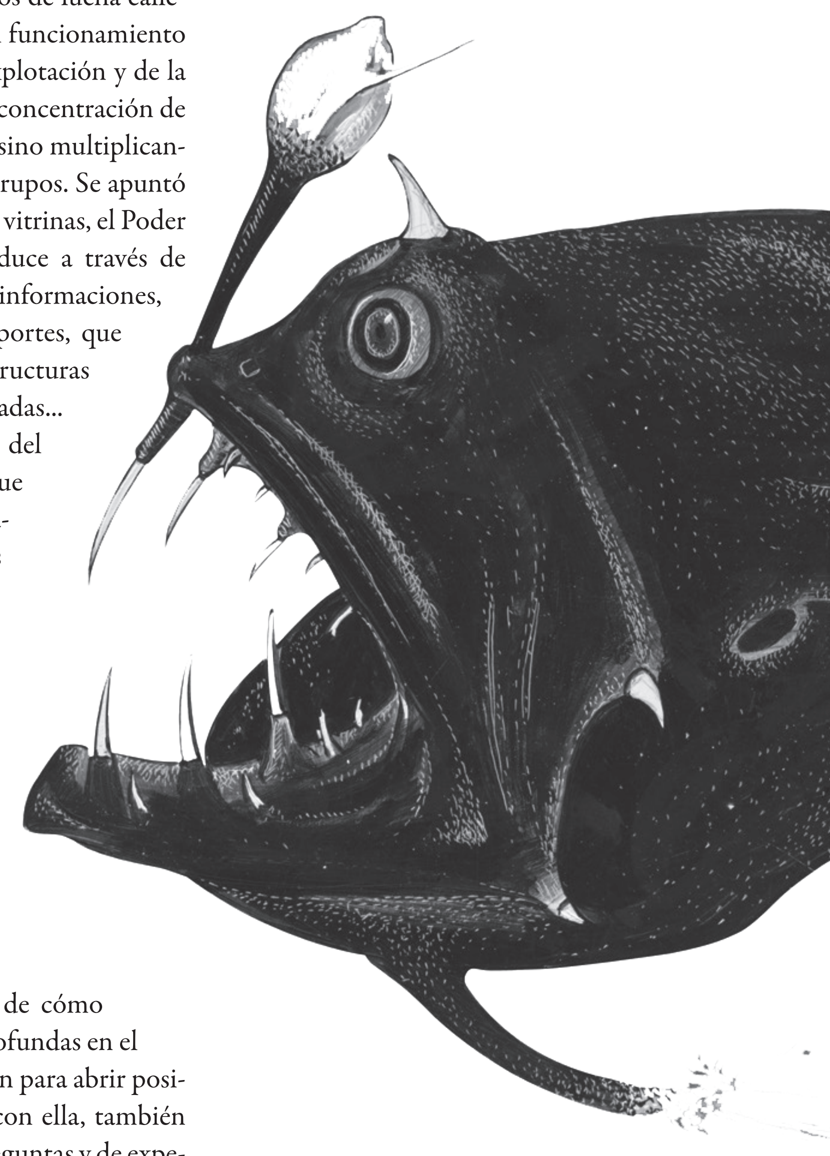
Un error importante en este conflicto radicó en el hecho de que muchísimas de las actividades se calcaron en una agenda definida por instancias ajenas como los sindicatos y Nuit debout. Por cierto, se enfrentaron sus lógicas y dinámicas pero, a la vez, se utilizó su calendario (las fechas de movilización que en un principio se sucedían a un ritmo acelerado, acabaron espaciándose según la clásica estrategia de ahogo de las energías), incluso para impulsar iniciativas autónomas.

Puede haber varios motivos para ello, pero en nuestra opinión refleja sobre todo un problema profundo dentro del movimiento libertario, ligado a la concepción misma del conflicto y de la intervención en él. Muchas veces, la ofensiva se concibe, no como un conjunto de prácticas individuales o colectivas, sino, esencialmente, bajo sus formas más masivas, por lo cual la intervención se limita a participar en momentos de lucha callejera, por supuesto, con criterios propios, pero todavía en una óptica principalmente cuantitativa.

Desde hace muchos años se van desarrollando en Francia críticas anarquistas del llamado "movimentismo", las cuales, sin negar los potenciales de ciertos "movimientos sociales", plantean a la vez la necesidad de impulsar luchas propias en cualquier momento y, en ocasiones

más amplias, de imaginar posibilidades para expandir y agudizar el conflicto independientemente del número de personas.

En este conflicto particular, locales y sedes de sindicatos fueron el blanco de varios ataques nocturnos. Otra propuesta fue alterar la normalidad más allá de los momentos de lucha callejera, con la idea de sabotear el funcionamiento de la rutina cotidiana de la explotación y de la dominación, no a través de la concentración de un gran número de personas, sino multiplicando las acciones de pequeños grupos. Se apuntó que, más allá de sus fachadas y vitrinas, el Poder también se produce y reproduce a través de una infinidad de flujos de informaciones, de comunicaciones, de transportes, que dependen de tantas infraestructuras que a su vez pueden ser atacadas... Pero aunque unos bloqueos del transporte demostraron que la creatividad, la determinación y medios rudimentarios pueden mucho para poner piedrecitas en la maquinaria, hizo falta que esta propuesta se desarrollase y ampliase para extender el conflicto en el espacio y el tiempo.



Conclusión inacabada

Con la cuestión esencial de cómo contribuir a crear rupturas profundas en el curso normal de la dominación para abrir posibilidades de, por fin, acabar con ella, también se abre todo un abanico de preguntas y de experimentaciones. Con la certeza de que en este texto solo esbozamos algunas pistas de intervención anarquista, esperamos que, más allá de las fronteras, se vayan retro-alimentando con análisis y reflexiones, desarrollándose con dinámicas de lucha y de ofensiva destinadas a subvertir lo existente en pos de un trastorno profundo tanto individual como colectivo.

Estamos en contra del trabajo

Porque estamos en contra de un sistema que se fundamenta en la explotación de todo y todxs.

Porque los administradores de este mundo transforman todo lo vivo en mercancías y envenenan el planeta entero.

Porque esta sociedad no nos ofrece nada más que la puesta forzoza al trabajo, algunas migajas para sobrevivir o el encierro para lxs indeseables y lxs refractarixs.

Porque el trabajo significa vender nuestro tiempo, nuestras energías, nuestro cuerpo y nuestra mente a patrones, jefes y maquinas.

Porque el capitalismo y el Estado pretenden hacerse con todos los aspectos de nuestra vida y nos desposeen cada vez más de toda autonomía y hasta incluso de los sueños de algo realmente diferente.

Porque este sistema de producción desenfrenada no deja ningún intersticio de afuera, donde cada unx podría decidir libremente de sus actividades.

Porque papá Estado solo garantiza algunos derechos a cosa de nuestra libertad: es el mismo quien suelta sus guardianes por la calle, quien crea y militariza las fronteras y quien está haciendo la guerra a lo largo y ancho del globo.

Porque las reestructuraciones (que llaman « crisis ») implican el endurecimiento de la miseria, del canibalismo social, de las técnicas y de las tecnologías de control.

Por todas estas razones, y por otras muchas más, estamos no solo en contra del trabajo, sino sobre todo en contra de un mundo que hace de él tanto un pilar como un horizonte insuperable.

Si no queremos reformar la longitud de las cadenas que nos aprietan, sino realmente destruirlas, no hay ni negociación ni dialogo posible con el poder, sea cual sea.

Se trata pues de llevar esta lucha más allá de los límites que tratan de imponerle todos aquellos quienes tienen interés en ahogarla en los estrechos marcos existentes (entre otros los políticos y los co-gestores de todo orden).

En lugar de seguir las agendas fijadas por otros, se trata de extender la revuelta decidiendo nosotrxs mismxs en contra de qué la queremos expresar, imaginando mil modos para subvertir este mundo, asociándonos y autorganizándonos sin jefes ni jerarquía, tomando la iniciativa tanto individualmente como colectivamente, siempre a través de la acción directa. Así se vuelve posible enfrentar los poderosos quienes pretenden dictarnos su ley, para acabar con la guerra permanente que nos libran a golpe de autoridad, de pasta y de policía.

Los grandes eventos ciudadanos y mediáticos están concebidos a fin de reducir la revuelta a una mera indignación democrática y para regresarla al rebaño de la política y de la representación. Por el contrario, atacar directamente lo que permite a este sistema funcionar y hacernos funcionar abre posibilidades de arrancar el espacio indispensable para desarrollar otras relaciones.

Los bloqueos y los sabotajes no son meras consignas, sino practicas reales abriendo caminos para salir de la rutina de la explotación y de la lógica del consumo, y hasta incluso del espectáculo de la protesta.

En efecto, mientras los metros están transportando el ganado humano, mientras la corriente eléctrica está alimentando las fábricas de muerte y los laboratorios del control, mientras el dinero sigue circulando, mientras las pantallas siguen difundiendo la propaganda, mientras las fibras y las antenas aseguran nuestra dependencia, mientras las arterías de la ciudad imponen su ritmo a nuestros cuerpos y nuestras mentes, mientras...

... entonces rompamos el trajín cotidiano!

[Volante distribuido en París en varias manifestaciones]



Avivando la llama de la revuelta: reflexiones y perspectivas sobre la lucha callejera en el territorio chileno.

Fotografía de una jornada de violencia callejera.

Observan atentos. Esperan. La manifestación se desarrolla en relativa calma; consignas, proclamas y banderas de distintas tendencias expresan identidades de lucha, unas contra el capitalismo, otras contra el sistema y algunas contra la dominación y lo establecido. Poco a poco cubren sus rostros y comienzan a utilizar el material que trajeron para la ocasión; pintura, martillos y cócteles molotov. Previamente habían acordado un nombre para su grupo con el cual se pudieran llamar en caso de perderse en la vorágine del combate callejero. Se trata de algo simple: gritar el nombre en cuestión para reagruparse y continuar con su camino destructivo. Otros grupos hacen lo mismo. Deben cuidarse de la policía y de los ataques del ciudadanismo de izquierda tan frecuentes en estas manifestaciones. Lanzan botellas con pintura al carro policial, un cóctel molotov a los antidisturbios y a una sucursal bancaria. En la otra vereda una joven de no más de 20 años rompe a martillazos los cristales de una farmacia. Arden basureros y contenedores con los que se hacen improvisadas barricadas. El fuego y el gas de las lacrimógenas se convierten en protagonistas de la jornada. Agitadxs y contentxs se retiran mientras siguen los disturbios...

Luego, por la noche, se dirigen a la periferia de Santiago de Chile, a una población con una larga historia de lucha, donde rápidamente se alistan para un nuevo combate. Esta vez la situación es diferente y se requieren materiales de otro tipo, junto con los cócteles molotov llevan armas cortas, revólveres y pistolas, junto con escopetas artesanales para atacar a la policía. El resplandor de un cóctel molotov al medio de la calle enciende la barricada y les anuncia que la batalla ha comenzado. Se acerca el carro policial lanzaguas y es recibido por una ola de fuego que lo hace retroceder. Poco a poco el fuego da paso a los intermitentes disparos dirigidos contra la policía que está apostada al otro lado de la avenida que también utiliza sus armas de mayor calibre. No arremeten. Esperan cautos y temerosos. La noche avanza y las energías se empiezan a agotar. El material se termina y con éste la intensa jornada de lucha.

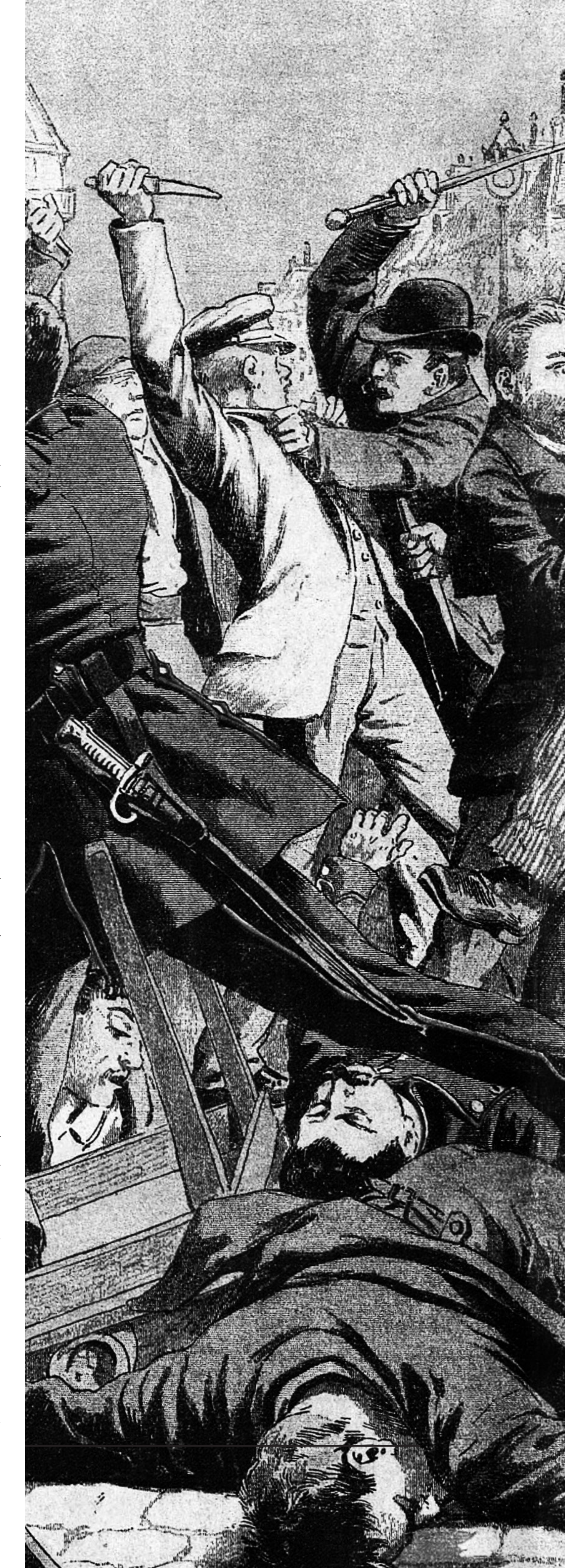
Características y particularidades de la lucha callejera en la región chilena.

Las protestas y movilizaciones en la calle han sido una constante en el territorio chileno, variando en intensidad, consignas y objetivos según el momento político-social en que se desarrollen. Si bien no es nuestra intención profundizar en el recorrido histórico de este tipo de manifestaciones, creemos pertinente hacer referencia a ciertas especificidades necesarias para abordar y hacer posible un acercamiento a este tema.

A partir del relato anterior se puede observar que, generalmente, son dos los escenarios donde se lleva a cabo la lucha callejera de carácter masiva: las calles y avenidas del centro de las grandes ciudades y las poblaciones[I] ubicadas en la periferia de Santiago, cada cual con sus elementos y características particulares. Las primeras se desarrollan por la mañana y las segundas, más intensas, y que implican innegablemente un mayor riesgo, por la noche, extendiéndose en ocasiones hasta la madrugada. No es cualquier población el espacio donde se da la confrontación, es especialmente en las que tienen una trayectoria histórica de lucha iniciada desde comienzos de la dictadura o incluso antes, donde sus pobladores poseen vasta experiencia en lo que se refiere a la represión, debiendo generar diversos mecanismos para hacerle frente. Muchxs de ellxs se han implicado y se implican en la dinámica del combate, lo cual, entre otros aspectos, ha creado una identidad propia de la población que se re-elabora constantemente a partir del conflicto[II].

I Son sectores ubicados, generalmente, en el extrarradio de las grandes ciudades, conocidos también como barriadas en otros territorios, donde residen históricamente lxs explotadxs de la sociedad.

II Poblaciones como La Victoria en Santiago de Chile se han creado a partir de la lucha por la vivienda llevada a cabo por gente llegada desde sectores rurales. Desde sus inicios (década del 50) sus pobladores han vivido en lucha desde diversos ámbitos, por el agua, alcantarillado, pavimentación, etc., lo que



Las fechas específicas que constituyen momentos de lucha representan otra de las particularidades de lucha callejera en el territorio chileno. Las conmemoraciones del golpe militar (11 de septiembre de 1973) junto con la del "Día del Joven Combatiente" (29 de Marzo de 1985)[III] son jornadas de violentas protestas que se repiten ininterrumpidamente año tras año, no importando el gobierno que esté de turno. No sólo son los grupos u organizaciones de las diferentes tendencias políticas los que actúan esos días sino que son miles las personas que participan de los disturbios, ya sea en el centro de las ciudades o en las poblaciones, atacando a la propiedad y a la policía, generándose en ocasiones un ambiente carnavalesco en el que los individuos desatan sus pasiones de manera espontánea, destruyendo lo que los perturba diariamente. A parte de las protestas realizadas en esas conmemoraciones, son múltiples las manifestaciones que, por diferentes motivos, dan paso a disturbios violentos de manera cada vez más recurrente. Lo que hasta hace unos años eran marchas pacíficas hoy se han convertido en instancias de lucha callejera.

No obstante, junto con estos dos escenarios descritos existe otro no menos importante: las universidades. Estos espacios de estudio han sido lugares de intensos combates callejeros desde hace décadas y en donde una gran cantidad de individuos ha dado sus primeros pasos en el enfrentamiento tanto en lo teórico como en lo práctico. Lo interesante y particular de estas experiencias es que las movilizaciones violentas que se llevan a cabo no son únicamente por las demandas o reivindicaciones estudiantiles, incluso pocas son las determinadas por dicho aspecto. Los motivos para la confrontación son diversos, entre los que se encuentran la libertad de lxs presxs en guerra, la autodeterminación del pueblo mapuche, la respuesta a una operación represiva, la conmemoración de la muerte o asesinato de algunx compañerx y otros. Por lo tanto, las universidades constituyen un espacio de lucha en general, donde los grupos de afinidad anarquistas tienen una presencia importante y una actividad permanente.

Miradas y posicionamientos inacabados.

La lucha callejera de carácter violento es una realidad. Su trayectoria y presencia constante en la actualidad son innegables. Aunque por momentos exista una relativa calma donde las calles son transitadas principalmente por ciudadanxs enceguecidxs por el consumismo, el quiebre se produce (como lo pudimos ver recientemente en Hamburgo), la normalidad es alterada y los disturbios nuevamente toman la palabra. ¿Cuál es el propósito de este tipo de práctica? ¿Qué se quiere lograr destruyendo la propiedad y atacando a la policía? Son diversas las maneras de entender la violencia callejera en cuanto a su utilidad, objetivos y sentido, no siendo el propósito de este artículo abordar cada una de éstas, como por ejemplo las patéticas posturas pacifistas, del estilo "Indignadxs" del 15M ibérico, que exaltan el victimismo. Sin embargo sí creemos necesario reflexionar sobre algunas en la medida que aclaran nuestro posicionamiento sobre el tema en cuestión.

Importantes han sido los planteamientos que entienden la lucha en las calles como un medio o estrategia de autodefensa de lxs mani-

inevitablemente conlleva enfrentarse a la represión. Poblaciones como ésta fueron muy activas antes y durante la dictadura, llevando a cabo experiencias comunitarias y autónomas de resolución de problemas. Las organizaciones armadas que combatieron a Pinochet realizaron un arduo trabajo político en estos lugares, donde muchas veces establecieron bases y casas de seguridad. Todo esto constituye parte importante de la memoria histórica de la población, memoria que continúa reinventándose a partir de los conflictos actuales.

III El 29 de marzo de 1985 los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo, militantes de la organización armada Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), son asesinados por Carabineros de Chile dentro de una patrulla policial. Esa fecha es conocida como el "Día del Joven Combatiente", donde se conmemoran estos asesinatos produciéndose, hasta la actualidad, enfrentamientos con la policía y destrucción de la propiedad en diferentes partes de Santiago.

festantes contra los aparatos represivos del Estado. Esta postura parte de la base que la violencia de quienes protestan sólo es legítima cuando es llevada a cabo como una respuesta para hacer frente a la agresión de las fuerzas del orden y seguridad en su afán por impedir las expresiones de disidencia y mantener el pretendido control social. Las protestas, por lo tanto, serían esencialmente pacíficas demostraciones de repudio contra algo o alguien sin alterar la normalidad ciudadana y siempre dentro de los límites que imponga el poder. La violencia callejera, bajo este punto de vista, sólo estaría justificada si es ejercida como un medio para repeler los ataques policiales y defender la manifestación, nunca como una expresión ofensiva que busque quebrar, aunque sea por instantes, lo establecido. Así, podemos ver que el trasfondo de esta manera de entender la lucha callejera está íntimamente ligada a las demandas ciudadanas que abogan por más derechos sociales, ya que lo que se pretende defender es el derecho a la protesta (siempre pacífica) y, en definitiva, a la libertad de expresión, que estaría siendo pasada a llevar por la represión. Se está conforme con las rejas y barreras que delimitan la manifestación, se está conforme con el trayecto que se imponga a ésta, se está conforme con la presencia provocadora de la policía, todo eso y más es aceptado sin rechistar. Esta postura sin ser pacifista, es pasiva en cuanto a que no intenta tomar la palabra, espera a que se desarrollen los acontecimientos para reaccionar y no provoca instancias ni momentos de ruptura porque les son incómodos. Priorizan la tensa calma impuesta antes que el ataque que de paso a disturbios. La violencia de carácter ofensiva dentro de este marco no sería una práctica válida según lxs exponentes de la autodefensa; más aún, la reprimen con dureza, incluso muchas veces con la ayuda de quienes dicen ser sus enemigos: la policía.



Otra postura, que puede o no estar relacionada con la anterior, es la que entiende la lucha callejera únicamente como un instrumento para lograr determinadas demandas, es decir, como un medio de presión para conseguir un objetivo. Innumerables han sido las protestas violentas por una educación gratuita y de calidad, otras por el cierre o la no construcción de alguna represa o proyecto minero, otras por la derogación de una ley,... y así infinidades de demandas o exigencias que originan combates callejeros de mayor o menor intensidad. Se tiene la idea de que mientras más cantidad de gente participe de los disturbios y mayor sea la intensidad de éstos, las posibilidades de lograr el objetivo deseado aumentan. No es nuestra intención criticar esta manera de ver la lucha callejera, ya que muchas veces sí resulta ser efectiva en este sentido. La violencia en las calles de manera constante y prolongada en varias ocasiones ha hecho retroceder a distintos gobiernos de turno en esta parte de sudamérica, permitiendo victorias parciales que no dejan de ser significativas, y representan impulsos concretos para continuar y profundizar las diferentes luchas[IV]. Esto infunde ánimos y energías

IV El año 2011 el gobierno de turno pretendía construir 5 hidroeléctricas en el sur de Chile. Frente a lo cual se realizaron masivas y violentas protestas

a quienes participan de estas experiencias, como también a lxs que las observan y entienden que los logros se han debido a la práctica violenta en las calles. Sin embargo, pensamos que centrarnos sólo en su aspecto instrumental conlleva a establecer límites a las diversas expresiones rebeldes, impidiendo que se propaguen como un reguero de pólvora. De esta manera, se pone freno al desencadenamiento de las pasiones y a todo el abanico de posibilidades que abre.

¿Es que vamos a conformarnos sólo con victorias parciales? ¿Una vez logrados los objetivos inmediatos deja de tener sentido la violencia callejera? Y si no se logra el propósito pretendido ¿Es que la lucha en las calles no tiene validez alguna?

Entender que la lucha callejera, en toda su amplitud y complejidad, es únicamente válida para lograr una u otra demanda implica pasar por alto una serie de aspectos importantes referidos a la experiencia individual de transgresión legal, como también a la necesidad de mantener y propagar el combate contra la autoridad en cualquier momento y lugar. Por otra parte, quedarnos sólo con los triunfos parciales es negar una posición de guerra contra la dominación en la medida que circunscribe el conflicto y el enfrentamiento a un hecho o problema puntual, desestimando la necesaria apuesta por la destrucción de lo existente. Esto muchas veces (que no todas) lleva consigo el tránsito a planteamientos de carácter reformista, ya que lo único que se pretende es embellecer al sistema, hacerlo más humano y habitable. Conformarnos con victorias parciales y estancarnos ahí nos introduce, inevitablemente, en el cívico mundo de los derechos civiles, transformando nuestra lucha en un eslabón más de la cadena de dominación.



Generar el conflicto, agudizar la tensión.

La acción violenta tiene como característica la búsqueda de la diversión y el placer en el ataque a quien nos oprime. Es una práctica sencilla que todos y todas pueden realizar. Con el ataque se desmitifica al poder, rompiendo la falsa apariencia de paz y control social, y mientras más continuos y seguidos sean los enfrentamientos, más se reproduce la revuelta y el ambiente de tensión social. Practiquemos el vandalismo. Ningún acto de revuelta es ciego e inútil (Anónimo. "Ciudadanxs, No! Desbordando al movimiento estudiantil")

La violencia callejera, pensada y practicada como una herramienta ofensiva que busca quebrar los moldes ciudadanos de la normalidad, abre posibilidades desconocidas e insospechadas. No existe certeza alguna de lo que pueda traer la proliferación de los disturbios pero eso lejos de detenernos nos motiva y entusiasma. Una posición ofensiva es propositiva y provocadora por cuanto crea e idea condiciones para el enfrentamiento, implica necesariamente la utilización de la imaginación que toma las riendas de nuestro actuar, rompien-

que llevaron a que el gobierno diera marcha atrás y desistiera de sus pretensiones. Otro ejemplo son los constantes cambios en las leyes de educación que han provocado las manifestaciones violentas de los estudiantes que se han dado los últimos años.

do con los posicionamientos de espera que oxidan la revuelta. Entiende, por tanto, que no es imprescindible recibir los golpes de la policía para reaccionar, sino que el ataque al poder está justificado siempre y en todo lugar. Intentar generar grietas a lo establecido es válido en todo momento, simplemente porque queremos ser dueños de nuestras vidas.

Un aspecto importante de la lucha en las calles es que representa una experiencia individual y colectiva de quiebre con la legalidad, es un salto hacia la transgresión de lo impuesto donde se superan límites y se amplía la mirada. Llevar adelante iniciativas violentas permite al individuo mirar de otra manera su vida y su entorno; permite comenzar un camino de re-apropiación de su existencia y tomar el control de su quehacer; permite también visualizar objetivos que se creían inalcanzables, lo que. Indudablemente, posibilita un crecimiento personal imposible de darse en la aburrida cotidianidad de un/x esclavx asalariadx pacificadx. Estas instancias de combate callejero han sido propicias para que muchxs compañerxs den sus primeros pasos en el camino de la confrontación y la práctica ilegal; son espacios de aprendizaje en el que se comparten estrategias y tácticas que, posteriormente, serán reproducidas, y, en algunos casos, cualificadas y profundizadas. Estos últimos años hemos visto en este territorio cómo jóvenes estudiantes de colegio que, desde su participación en protestas masivas, han emprendido acciones de violencia autónoma y combativa en los mismos recintos escolares, como cortes de calles y enfrentamientos con la policía en solidaridad con presxs anarquistas o recordando a compañerxs muertxs en la lucha. Esto es sólo un ejemplo de la extensión de la lucha callejera de carácter anarquista en la región chilena.

La contradicción que supone vivir dentro de la sociedad, con todo lo que esto conlleva, genera diversas tensiones que irán variando de intensidad según la coyuntura o situación específica. La tensión, por lo tanto, siempre está presente, de alguna u otra manera, expresándose de diferentes formas. Evidentemente la lucha callejera es una manifestación de dicha tensión, corresponde a una expresión explosiva de rechazo contra el dominio, ya sea contra algo o alguien en particular o bien contra todo lo existente. Partiendo desde este punto es donde la violencia callejera anarquista tiene mucho que decir y, en ocasiones, lo ha hecho al intentar prolongar y agudizar la tensión. Como bien señala un grupo anarquista de la región de Grecia en el marco del proceso insurrecional ocurrido en diciembre de 2008; "en medio de un fuerte conflicto social, elevas la tensión de los ataques". Más allá de la situación específica que provocó el disturbio, nuestra apuesta es que la llama no se apague, incluso que crezca y se extienda, tensionando y tensionándonos en el combate callejero visto como una instancia de ruptura con lo establecido, porque entendemos que el anarquismo lejos de ser una realización es una tensión.

Para finalizar, y a modo de dar paso a futuros debates e intercambios de ideas, resulta necesario hacer referencia a ciertos aspectos presentes en la lucha callejera de la región chilena que, a nuestro entender, constituyen limitaciones que impiden su expansión y cualificación. La continuidad, por años, del combate callejero en determinadas fechas y lugares ha provocado, en muchos casos, que la práctica violenta se transforme en una rutina donde la superación de límites es casi inexistente, lo cual inevitablemente lleva a su normalización. Perpetuar maneras de ejercer la lucha callejera nos lleva a verla como un fin en sí mismo y como una instancia que puede llegar a ser cómoda desde donde podríamos expresar nuestra rebeldía sin mayores inconvenientes. Creemos entonces que resulta imprescindible ir constantemente rompiendo barreras, afilando nuestras ideas y discursos e innovando en estrategias y tácticas para otorgarle el dinamismo necesario al desarrollo y a la profundización de la lucha callejera.



La dictadura, ya sea una hidra con cien cabezas o cien colas, ya una hidra democrática o demagógica, no puede prestar servicio alguno a la libertad; no puede sino perpetuar la esclavitud, así en lo moral como en lo físico. No es encuadrando a un pueblo de ilotas bajo un yugo de hierro, puesto que de hierro se trata, o aprisionándolo en un uniforme de voluntades proconsulares, como se pueden obtener hombres inteligentes y libres. Todo lo que no es la libertad está contra la libertad. La libertad no es cosa que se pueda conceder. No corresponde al capricho de cualquier personaje o comité de salud pública el decretarla o el entregarla como regalo. La dictadura puede cortar las cabezas de los hombres, pero no hacer que vuelvan a crecer y que se multipliquen; puede transformar las inteligencias en cadáveres; puede hacer que los esclavos se arrastren y agiten bajo su bota y su fusta, como si fuesen gusanos u orugas, aplastarlos bajo su dura pisada, pero sólo la libertad puede darles alas. Solamente mediante el trabajo libre, el trabajo intelectual y moral, nuestra generación, civilización o crisálida, se metamorfoseará en una viva y brillante mariposa, revestirá el tipo humano y tomará impulso en la armonía.

- Jóseph Déjacques 1859

El trasfondo de la solidaridad



El término solidaridad hace referencia a un concepto muy amplio, susceptible de ser aplicado en diversos ámbitos de la vida y de la lucha anarquista (lo cual debería ser lo mismo pero no siempre lo es) y con diversas interpretaciones. Por acotar un poco el análisis, vamos a referirnos aquí a la solidaridad ante situaciones de represión, dentro del contexto del reino de España, y a tratar de contemplar diversas acepciones del término y cómo se ponen en práctica en dicho marco geográfico y político.

Una definición de solidaridad, de entre las posibles, es la que emplearon en su momento (recogida a su vez de la tradición ilegalista y anti-organizadora anarquista) lxs miembros del MIL en la península ibérica en los años 70, entendiéndola como la profundización y extensión de las luchas de lxs represaliadxs, y ciñendo solidaridad a lucha. Para este grupo cuando una serie de compañerxs (o un/a sólo) eran reprimidxs, la labor de quienes quisieran solidarizarse con él/ella/ellxs habría de ser retomar su lucha (independientemente de los métodos pero siempre mediante la acción directa, claro está), llenar el vacío dejado por las detenciones y/o encarcelamientos, y proseguirla, atacando al mismo enemigo, en la misma materialización concreta, pues como el propio grupo decía "la sociedad ya nos proveerá de asistentes sociales y curas, los revolucionarios deben ocuparse de otras cosas". Claro está que el caso del MIL puede considerarse un caso extremo, por la envergadura de su actividad y por las condenas que recibieron.

Lo interesante de este planteamiento del MIL es que busca continuar el combate contra

la autoridad exactamente donde se dejó cuando sucede la represión, y para eso hay que ponerlo sobre el tapete. La misión de las personas solidarias sería, pues, explicarlo (en el caso de que fuera necesario), justificarlo, reproducirlo, etc. Tomada esta acepción, que puede ser criticada, ampliada, revisada o reformulada, cabe preguntarse cuál ha sido y está siendo por regla general la acepción de solidaridad, y en particular de la solidaridad anarquista, que se está utilizando y se ha utilizado de manera más general y más extendida en el reino de España.

Vemos que en los casos más usuales de aplicar dicha solidaridad en prácticamente toda, o al menos en la mayor parte de, la península ibérica, las formas de entender ésta difieren bastante de la de la planteada por el MIL. Es descorazonador observar cómo en la mayoría de las ocasiones la solidaridad anarquista se reduce a tratar de limpiar el nombre de lxs represaliadxs (supuestamente manchado por el estado, en su intención de frenar su lucha) y a las imprescindibles tareas de asistencia a detenidxs y encarceladxs, pero poco más.

Se suele fraccionar la solidaridad en los distintos casos represivos (causas penales, es decir, judiciales, establecidas por el estado), con la seguidilla de explicaciones (independientemente del formato que éstas adquieran) en la que abundan los detalles de cómo fue la detención, el caso particular de cada persona encausada (que, por supuesto, en muchas ocasiones se prestará a explicar, oralmente o por escrito, su experiencia personal, cuya difusión es indudablemente necesaria), la pertinencia o no de dicha detención, los motivos por las cuales las acusaciones son falsas, o infundadas o exageradas, sin olvidar la inconsistencia de los fundamentos jurídicos que las sostienen. En muchas menos ocasiones se explicará por qué el Estado trata de parar o reprimir esa lucha, qué cosas había conseguido, en qué había incomodado al sistema, cómo se había venido desarrollando y en la necesidad de que esa lucha particular se extienda al máximo posible. Por supuesto, cuanto más "genérica" y "política" es una operación anti-sistema, o más bien las acusaciones en las que se basa, menos fácilmente habrá una explicación exhaustiva del por qué de la represión, de qué hechos le sirven de excusa, de qué exactamente es lo que quieren frenar. Este tipo de análisis son más fáciles en luchas específicas, intermedias o parciales (que sin ser lo mismo, muchas veces pueden llegar a coincidir) cuando se quiere reprimir un hecho particular y específico, como por ejemplo una agresión a un/a fascista o a un/a policía. Aun así, aunque haya un hecho específico a reprimir, la solidaridad muchas veces (afortunadamente no siempre) suele quedar restringida a limpiar o dulcificar el nombre de quien es acusadx, o lo que le acusaron de hacer.

Son frecuentes determinado tipo de expresiones cuando la solidaridad se materializa, generalmente bajo el formato "campaña", que, en el mejor de los casos,

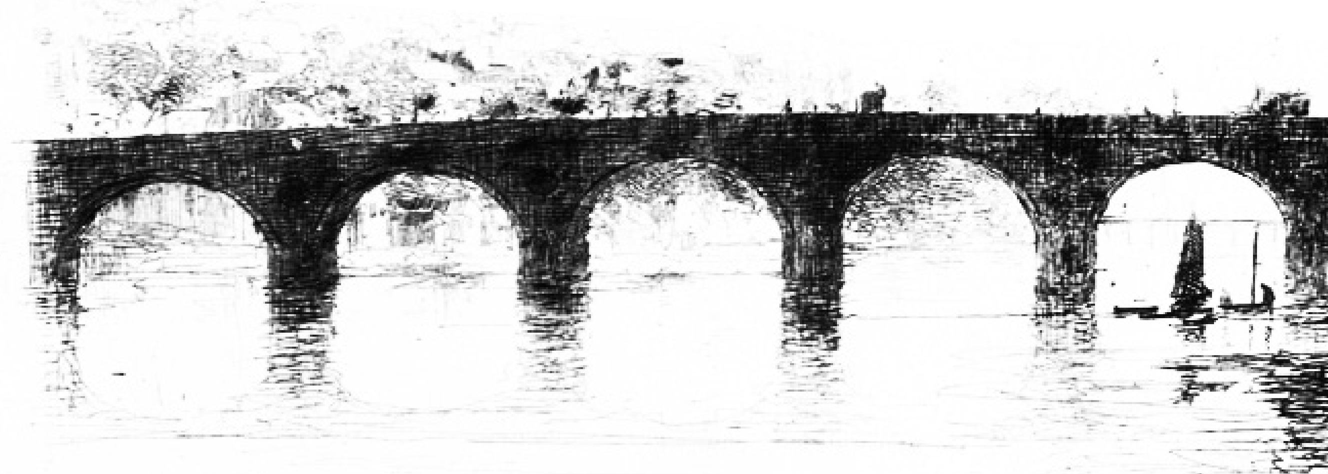


trata de "unir los distintos casos – valga la redundancia – represivos" para "visibilizarlos" y que tengan así "más fuerza", no desechando, sino más bien al contrario, en la mayoría de las ocasiones, las "alianzas". Claro, cuando nos metemos en el espinoso terreno de las "alianzas" es cuando generalmente hay que ir modificando el contenido de lo que queremos trasmitir y de la justificación política de la lucha de lxs detenidxs para que pueda caber en un enfoque que satisfaga a todas las partes solidarias (y muchas veces a todas las partes directamente represaliadas). Así, son comunes las campañas específicas y muchas veces incluso "personalizadas" con lemas tales como "ser (antifascista/joven/feminista/anarquista/sindicalista/antiespecista/comunista/independentista/trans/parado/skater/graffitero/etc... apelativo intercambiable) no es delito", o en otras situaciones, "terrorista es el estado" (con sus diversas variantes). Se puede apreciar en estos ejemplos (elegidos por ser los más usuales, se podrían haber elegido otros) un claro intento, consciente o no, de interpelar a la opinión pública, o, quizás, a la "gente común", para comunicarle que las personas detenidas o encarceladas no son ese demonio que dice el estado que son, porque al parecer, ser delincuente o terrorista (aparte del problemón judicial en el que un/a se puede meter si asume para sí esas categorías) es algo moralmente inaceptable y podría "restar apoyos" a la campaña si se emplean dichos apelativos. Hay un gran temor a la "criminalización", palabra fetiche que sale en casi todos los comunicados y campañas solidarias anti-represivas habidas y por haber.

En este punto, totalmente consabido, es donde hemos de detenernos un momento para analizar el concepto de solidaridad que se está empleando por estos parajes ibéricos y convertir esta reflexión en una verdadera reflexión y no en una mera explicación más o menos tendenciosa.

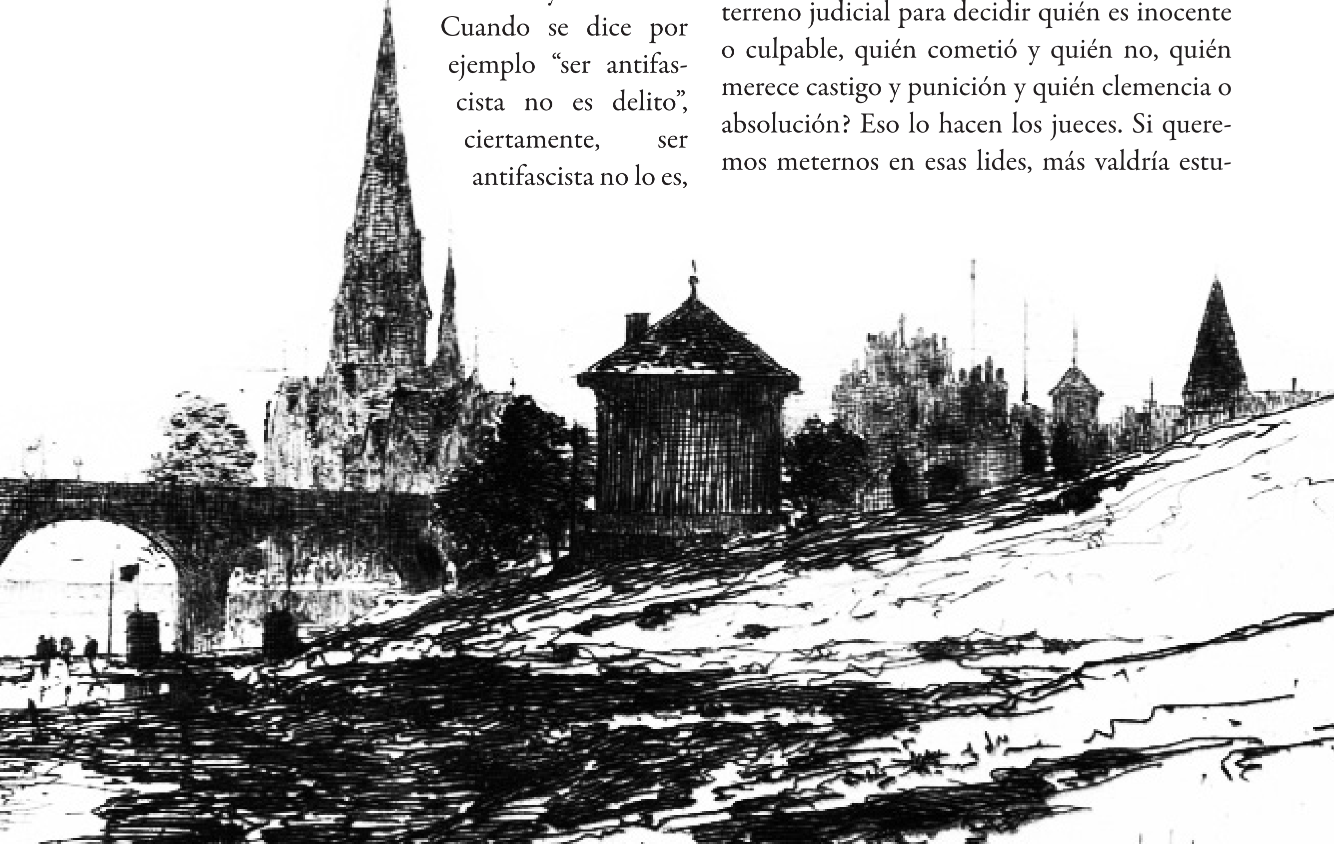
Centrándonos exclusivamente en el ambiente anarquista o anárquico nos surgen unas reflexiones que queremos compartir (aunque compartir sea de comunistas) en formato pregunta. Además este formato pone de relieve que no tenemos las respuestas a lo preguntado (al menos no todas), con lo que la intención no es sentar cátedra sino alentar el debate; muchas de las expresiones de la solidaridad que aquí se analizan de forma crítica han sido llevadas adelante en el pasado con mejor o peor tino por lxs autores de este documento: nadie hay libre de pecado, dijo el flacucho ese judío de pelo largo y barbas hace dos mil y pico años (si es que no es mentira todo).

En primer lugar, ¿por qué se utiliza la palabra criminalizar? Criminalizar significa (según la RAE) "atribuir un carácter criminal a alguien o a algo"; lo que nos remite a crimen, que, además de significar "acción reprobable" (2ª acepción del DRAE), significa "delito grave". Esto a su vez nos remite a la palabra delito, que además de significar también "acción reprobable" (aquí como en crimen, se pone de manifiesto el carácter moralizante del término, y ya que estamos del lenguaje, para equiparar legislación a ética o moral) en su 2ª acepción, significa también "quebranto de la ley". Por lo tanto un crimen es un delito grave, y un delito grave es un quebranto grave de ley. Siguiendo el razonamiento, si como anarquistas quere-



mos la destrucción del Estado y del capitalismo y, ya puestos, de toda forma de poder, lo cual es ilegal según el ordenamiento jurídico español (y de todas partes del mundo), vemos que intentar destruir el estado es un delito grave y por lo tanto un crimen, luego somos criminales o nos gustaría serlo, luego atribuir al anarquismo un carácter criminal es obvio, por lo tanto, ¿qué problema hay con que nos criminalicen si somos criminales, o al menos nos gustaría serlo? Si lo que estamos haciendo es re significar el término, o referirnos a su connotación moral, al menos podríamos comunicarlo; de todas formas ¿no es la moral una forma de apuntalar el orden establecido y viene determinada por él? ¿no debería ser también destruida como parte del poder? Entonces ¿por qué tanta preocupación?

En segundo lugar, se suele utilizar mucho, como ya hemos mencionado, el slogan "[...] no es delito". Bien, si lo es, qué problema hay, ¿no hemos de convenir que somos delincuentes y además, criminales? De hecho, cuando se trata de justificar un acto punible del que se pueda acusar a un/a anarquista, muchas veces empleando estas fórmulas caemos en contradicciones y falsedades. Cuando se dice por ejemplo "ser antifascista no es delito", ciertamente, ser antifascista no lo es, siempre y cuando la actividad se realice dentro de la ley; el delito estribaría en, por ejemplo, zurrarle a un/a nazi; eso sí es delito. Muchas veces se afirma que tal acto o tal otro, sometido a proceso judicial, fue un "acto de autodefensa"; pudiera ser verdad pero ¿qué problema hay si no fuera un acto defensivo sino de agresión, de ataque? ¿acaso el estado va a caer con actos de autodefensa? Si la autodefensa viene motivada por la misma existencia del fascismo o del estado ¿acaso no es lógico pensar que, como de hecho sucede, queremos su destrucción y que por lo tanto nos defendemos atacando?. En lugar de justificar el hecho de que el poder es nocivo, de animar a la lucha, tratamos de utilizar el lenguaje judicial, enunciando nosotrxs lo que es delito y lo que no lo es, como si nos tuviera que importar un pimiento. Lo lógico es que cuando hagamos las cosas tengamos en cuenta lo que es delito y lo que no para saber las posibles consecuencias a las que nos enfrentamos, pero obrar en función de si lo que hacemos es útil, o ético bajo nuestra óptica, no bajo la óptica del Estado. Muchas veces este tipo de campañas se suele complementar o suelen ir dentro de una campaña en la que se suele pedir la aboslución de lxs encausadxs; eso es tres cuartas partes de lo mismo, ¿vamos a meternos en el terreno judicial para decidir quién es inocente o culpable, quién cometió y quién no, quién merece castigo y punición y quién clemencia o absolución? Eso lo hacen los jueces. Si queremos meternos en esas lides, más valdría estu-



diar derecho y opositar a juez, al menos nuestras decisiones tendrían un efecto real sobre lxs rexs y además cobraríamos un suculento sueldo de lacayxs del sistema.

En tercer y último lugar, muchas veces, demasiadas, entramos en la fórmula "terrorista es el estado", generalmente, como es obvio, cuando el ámbito anarquista sufre una operación anti-terrorista. Al hacer esto estamos asumiendo el término terrorismo, pero para aplicárselo al sistema. Es decir que concordamos con esa etiqueta de terrorista, construida legal, lingüística, cultural y moralmente por el poder pero la rechazamos para nosotrxs y se la aplicamos a él. Terrorismo es una palabra que tiene una enorme cantidad de acepciones en función de la época histórica y del proceso de lucha contra el estado y/o el capitalismo en el que nos encontremos. Si terrorismo significa en una de sus acepciones del DRAE (suele ser la 1ª o la 2ª, dependiendo de la edición) "dominar mediante el terror", habremos de convenir en que no somos terroristas, pero de igual manera que no somos jefes, pues no queremos que exista la dominación; pero "terrorismo" tiene cuatro acepciones más, sin contar su definición en el código penal. Algunas de esas acepciones pudieran tener que ver con nuestra lucha y sus efectos, como por ejemplo "sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir el terror en la población o una parte de ella", lo cual suena a una versión más enrevesada y desarrollada de las típicas campañas con eslóganes como "que el miedo cambie de bando", etc. Otras definiciones aluden a la "actividad criminal de bandas organizadas que buscan crear alarma social con fines políticos". Sobre organización o no el debate en el seno anarquista es muy amplio y largo, y alarma social es un término demasiado ambiguo que pudiera coincidir con algunos planteamientos anarquistas. Sin mencionar que el término terrorista fue muchas veces reivindicado con orgullo para sí por muchxs anarquistas en el pasado (sin ir más lejos y en el reino español, García Oliver en el aniversario de la muerte de Durruti, donde define al grupo anarquista Los solidarios, compuesto por él mismo, Durruti, Ascaso, Jover, etc, como "los mejores terroristas de la clase trabajadora"). A día de hoy no es posible en el reino de España considerar la actividad anarquista como terrorista ateniéndonos a las definiciones jurídicas, por otro lado siempre cambiantes, ni a las sentencias judiciales hasta la fecha emitidas en democracia. La "organización" anarquista no es tal a ojos del estado pues para él organizarse implica jerarquía (y, probablemente, con toda la razón del mundo, aunque ese es tema de otro debate), y les recordamos desde estas líneas a lxs imbéciles del CNP que "anarquista" significa "movimiento contrario a las jefaturas" y viene de "anarquía" que significa "sin jefe". Además un hecho violento no ha de implicar necesariamente terrorismo.

No obstante ese no es el tema de debate, da igual si lo anarquista entra o no en esa definición jurídica o lingüística, lo importante es que es una categoría construida y es absurdo aceptarla o rechazarla. Hemos de funcionar con base en nuestras propias categorías, no con las del sistema. Al decir "terrorista es el estado" la estamos aceptando, sólo que para aplicársela al estado. Terrorismo se ha convertido en la nueva y mágica palabra demoníaca que nadie quiere para sí y todo el mundo se la aplica a lxs demás. De hecho en el último código penal ni siquiera hace referencia ya a la violencia pues un acto terrorista es todo aquel que "de manera reiterada busque subvertir el orden constitucional y/o alterar gravemente el orden público". Últimamente, incluso, lo que se viene enjuiciando es la intención (como por ejemplo en el caso de lxs jóvenes de Altsasu encarceladxs por una pelea con unos guardias civiles en dicha localidad Navarra y que se enfrentan a penas de 50 años de prisión por cabeza), lo cual pone de manifiesto las contradicciones que sobre el tema existen dentro del propio poder y de la propia judicatura (el nada revolucionario ex juez Baltasar Garzón, hoy jurista, protestaba contra dicha medida aplicada a lxs jóvenes navarrxs ya mencionadxs desde las páginas del poco sospechoso de subversión diario El País).

Precisamente esta categoría legal se ha creado ampliando la definición porque es un instrumento para frenar la lucha contra el sistema, aunque no se haya visto reflejada aun en condenas y sea susceptible de ser modificada. Esto denota que el término se convierte en el delito comodín, por la histórica repulsión que suele llevar aparejada la palabra, para atizar mejor a la subversión. Qué sentido tiene aceptarlo o no, máxime cuando al decir que "terrorista es el estado" estamos asumiendo esa definición (que además viene representada en el imaginario colectivo de forma muy particular) pero para aplicársela a otro. ¿acaso queremos decir que no somos asesinxs indiscriminadxs de masas? Porque ese es el ideal que suele llevar aparejado el término. Y ¿a quién le queremos decir eso? ¿a la gente? La gente ya lo sabe. Ese tipo de propaganda, ese tipo de expresión de la solidaridad nos remite a un deje que, con bastante seguridad, sea producto del miedo: querer limpiar el nombre del anarquismo y de lxs detenidxs o encarceladxs ante la opinión pública. Aun queremos caer simpáticxs a un algo abstracto que es a quien dirigimos las campañas.

Las campañas además son la base de nuestro funcionamiento. Muchas veces sustituyen a las tareas continuas que debemos hacer por un incremento de la propaganda y las movilizaciones/acciones durante un periodo de tiempo donde, con un principio y un final bien marcados (generalmente las detenciones y la sentencia final, muchas veces la campaña se acaba mucho antes), realizamos una serie de actos, primordialmente propagandísticos pero no solo, cuyo grueso lleva marcada siempre esa casi obsesión por parecer gente respetable, buena, que no se merece lo que le está pasando y que no es lo que el estado dice que es. Seguimos hablando en los términos morales, lingüísticos e incluso judiciales del estado.

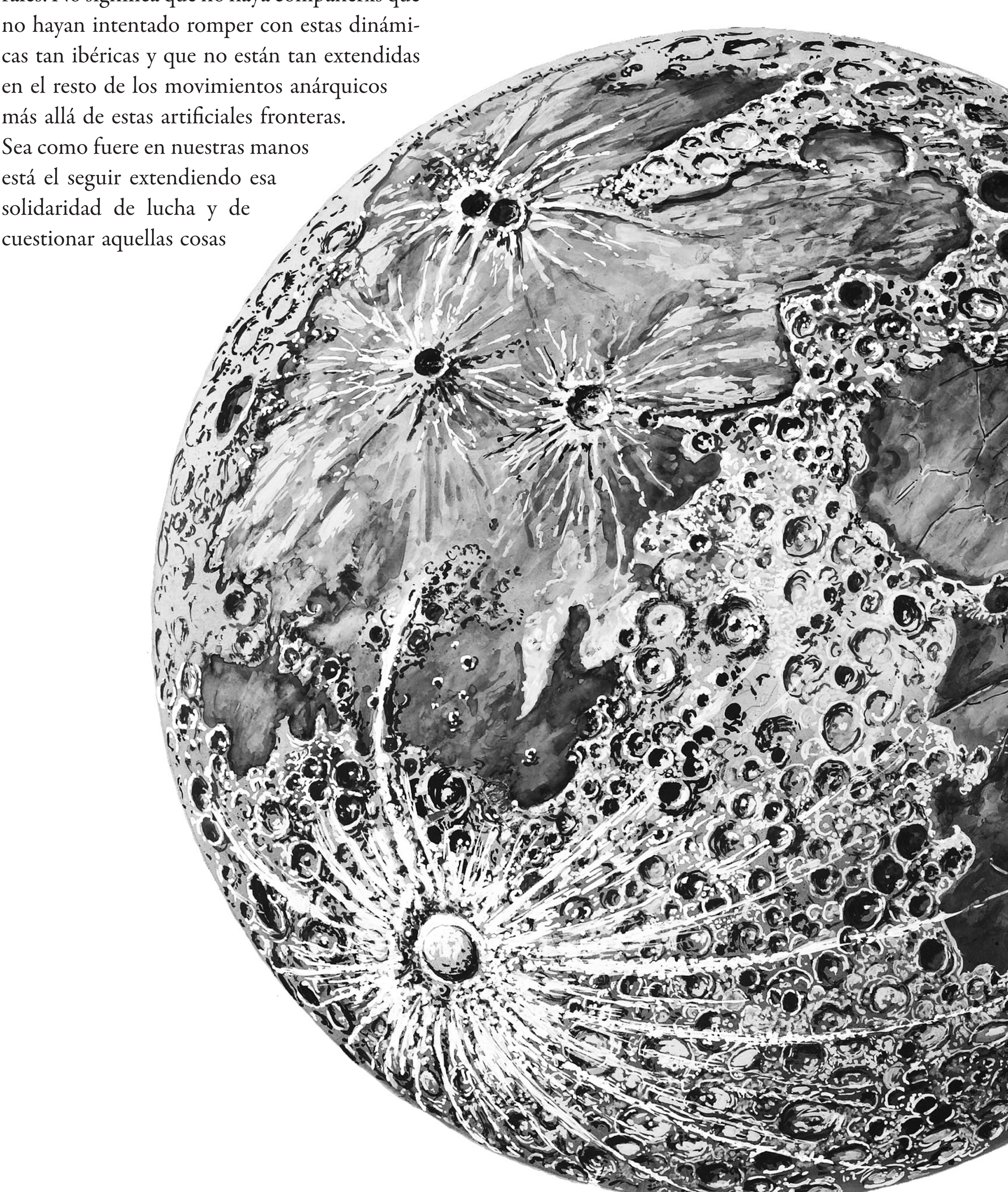
Pocas veces se explica por qué, en las operaciones anti-terroristas, por ejemplo, el estado nos detiene y encarcela. No se suele explicar que ha habido una escalada en la conflictividad (tanto social general como en la anárquica) y que eso el aparato del estado ha de frenarlo como sea. No se explica la cantidad de ataques contra el poder y sus instituciones, en qué contexto, motivados por qué. No se explica el papel anarquista en las expresiones políticas de esas tensiones sociales. Paradójicamente, todo eso lo hace el propio estado aunque lógicamente instrumentalizándolo y distorsionándolo (a veces mintiendo claramente) en su propio beneficio. El ámbito anarquista generalmente lo suele explicar con un vago argumento de "somos la disidencia", lo cual muchas veces no dice nada. Se suele hablar de no "asustar a la gente" y del citado "buscar alianzas" pero muchas veces esa "gente" y esas "alianzas" no responden en la práctica, con lo que se queda todo en el escasísimamente amplio mundo del antagonismo y ni siquiera, pues a veces incluso dentro del propio seno anarquista hay gente que no quiere apoyar determinados temas por cuestiones de "imagen" (como por ejemplo en los delicados asuntos de atraco).

Llama la atención, por ejemplo, que en la operación Piñata (uno de los numerosos dispositivos anti-terroristas contra el anarquismo en el reino de españa) se haya hecho especial hincapié en que ni lxs anarquistas en general ni lxs encausadxs son terroristas (como especial hincapié se ha hecho en las otras operaciones) y sin embargo a penas se haya pasado de puntillas, salvo en algunos pocos comunicados, que la policía establecía una estructura jerárquica anarquista con sus jefes, mandos intermedios, etc. Carteles de "terrorista es el estado" se vieron muchos, pero aún no se vio uno que dijera "lxs anarquistas no tenemos jefes". ¿Por qué? ¿Acaso es más grave que nos asimilen, sin conseguirlo, a fanáticos asesinos de masas (imaginario colectivo de terrorismo) que al propio estado con sus estructuras? Y por qué, si esa gente a la que teóricamente nos dirigimos sabe perfectamente que los anarquistas no matan gente indiscriminadamente (la última vez que se asoció un delito de sangre al anarquismo en el reino español fue hace exactamente 21 años y la vez anterior hacía otros 19 o 20 y la anterior fue en los años 60, y la anterior durante la época

del maquis); sin embargo, y paradójicamente, no todo el mundo sabe que ni tenemos ni queremos jefes. Está claro, las ganas de limpiar el nombre para caerle bien a ese invento de la prensa llamado opinión pública son mayores que las de extender la lucha que ha llevado a lxs anarquistas a prisión.

Todo lo aquí expresado son dudas e inquietudes, referidas a grandes rasgos a sucesos generales. No significa que no haya compañerxs que no hayan intentado romper con estas dinámicas tan ibéricas y que no están tan extendidas en el resto de los movimientos anárquicos más allá de estas artificiales fronteras. Sea como fuere en nuestras manos está el seguir extendiendo esa solidaridad de lucha y de cuestionar aquellas cosas con las que no estemos de acuerdo, no con meras palabras o críticas hechas desde la superioridad moral sino con actos, para poder decir que no aceptamos tal cosa y que en su lugar podemos presentar tal otra.

En nuestras manos está afrontar el tema de la solidaridad y poder articular un movimiento anarquista fuerte y combativo. Siempre con la cabeza alta.



Desde el combate anárquico: Reflexiones en torno al narcotráfico y el dominio.

Algunas palabras para comenzar...

La praxis anárquica y antiautoritaria, que se caracteriza por apostar por la confrontación permanente con el poder, su cultura y sus relaciones, también tiene que ejercitar continuamente la comprensión de la realidad de dominio y las formas en que se extiende, evidenciando y agudizando la confrontación con quienes deseen mantener y perpetuar el orden existente.

Buscaremos abordar desde este arista el desarrollo del narcotráfico y las “drogas”, apuntando a colaborar en la destrucción de la jerarquía y autoridad. Si bien estos temas pueden ser tocados desde una multiplicidad de aristas y definiciones, trataremos de partir de una base para continuar desarrollando la explicación sin enfrascarnos en problemáticas definiciones amplias que terminen restándole cualquier sentido al significado, relativizando los conceptos. Nos centraremos en comprender la “droga” como sustancias externas que actúan alterando las sensaciones, y al narcotráfico como las formas en que se administra el negocio de estas sustancias.

Aun comprendiendo los múltiples usos que se le pueda dar al consumo de estas sustancias, lejos de buscar involucrarnos en las decisiones individuales sobre su consumo, alguna comparación sobre el uso de los pueblos indígenas o actuales experiencias psicotrópicas, nos interesa adentrarnos a un fenómeno bien concreto y lejano a estas realidades.

Por su parte, si bien el uso de fármacos, drogas legales, amerita una reflexión aparte, que desde hace años vienen dando distintos compañeros con la crítica a la farmacología, la psiquiatría y el control social desde los medicamentos, en este artículo no haremos referencia a esta situación que, igualmente, se destaca por el amplio mercado, las ganancias producidas, el control social y el carácter normalizador que generan esas sustancias tanto en las calles como en las cárceles.

Rechazando la hipócrita crítica desde la moral conservadora sobre las sustancias o la importancia del bienestar de la salud de los individuos -como balbucean las doctrinas policiales desde los Estados-, no nos interesa adentrarnos en los efectos nocivos sobre la salud sino, más bien, en la herramienta que

representa para el dominio, su rol en el capitalismo y la relación directa de estas sustancias en la posibilidad de neutralizar entornos de lucha, cómo han intentado ser enfrentadas y, por sobre todo, la dinámica en el contexto anárquico bajo el territorio chileno.

La droga como mercancía, el narcotráfico como una forma de dominio.

Es imposible obviar la comprensión de la droga dentro del funcionamiento como mercancía en el capitalismo, es así cómo, por su particular condición de ilegalidad, se desenvuelve en un específico mercado internacional, caracterizado con los más violentos ritmos del capitalismo salvaje globalizado, adquiriendo brutales niveles de explotación a lo largo de su cadena de producción. Si quisiéramos tener un buen ejemplo de cómo funciona el capitalismo, la ganancia a toda costa, la salvaje explotación o la sangre derramada en pos de los dividendos económicos, no necesitamos mirar a la banca, ni el trabajo en la mina: una somera pero detenida mirada al negocio de las drogas explicaría muy bien cada elemento.

Si bien no nos interesa centrarnos en hacer una crítica solo desde su aspecto productivo, mercantil o economicista, ni mucho menos apelar a consumos y producciones éticas de ninguna mercancía, sí nos parece prudente evidenciar y no desligar el consumo de drogas con su cadena productiva y de transacciones.

Al comprender el dominio en su forma más amplia, y no solo en la minuciosidad de gobernantes de turno o representaciones estatales, es que observamos cómo el negocio de las drogas desarrolla al unísono una eficaz herramienta de control social para algunxs sujetxs, con la certera posibilidad de contribuir enormes ganancias económicas.

Pero la crítica al narcotráfico no solo puede centrarse en alguna consigna sin una comprensión de la compleja realidad en que se desenvuelve y convive con el Estado. Entonces, en ese orden ¿Cómo se explica el continuo endurecimiento de legislaciones antidrogas? ¿Los millones de pesos gastados en policías y equipos antidrogas? ¿La gran cantidad de presxs por causas ligadas a las drogas? La realidad es palpable en las prisiones, poblaciones, ciudades y juzgados. El endurecimiento de penas, la persecución policial y el encarcelamiento tanto de narcotraficantes, "pequeños traficantes" y consumidorxs es un hecho real.

¿Qué sucede entonces? ¿Es toda una gran pantomima para endurecer legislaciones al menor atisbo de lucha contra el Estado? Pues no, al igual que otros grandes conflictos, se hace necesario evidenciar, por un lado, la continua convivencia y relación endógena entre traficantes y representantes del poder, quienes cooperan por la supervivencia del negocio y el control, pero al mismo tiempo se producen pugnas de intereses frente al monopolio de la violencia y el control con el Estado. Lo que realmente genera una problemática a lxs poderosxs no es el envenenamiento a poblaciones completas sino el correcto uso y en los porcentajes adecuados de las distintas herramientas para el control. Es de esta forma que a veces el instrumento legal, jurídico, policiaco sirve para cubrir algún aspecto en la pacificación y buen funcionamiento de la sociedad pero al mismo tiempo se hace necesario servirse de estos emprendedores de la represión y el control, como lo son los narcotraficantes, en un plano ilegal. La real pugna es una cuestión de estilos y porcentajes con que se administra cada una. Mención aparte merece las enormes ganancias económicas que produce el negocio de las drogas en la economía mundial, no por nada es considerado una de las actividades que mayor riqueza produce a nivel planetario; sus beneficiarios, entonces, siguen siendo, de una u otra forma, los poderosos.

Rechazamos tajantemente hablar de corrupción ante las evidentes complicidades de traficantes con autoridades, por el hecho de que éstas denuncian, buscan y apelan al buen funcionamiento de la estructura social, a la

división de poderes y una esencial pulcritud de las instituciones, pues para nosotrxs, sencillamente, los abusos o corrupciones no existen, siendo ésta la esencia del poder.

Narcotráfico y Control Social

Así pues ¿cuál es la real función de las drogas y el narcotráfico en el dominio? Para responder esta pregunta se hace necesario analizar dos aspectos. Por una parte observamos cómo las drogas, en contextos urbanos y modernos, se transforman en venenosas sustancias que tienen como fin específico la alteración de las sensaciones, buscando "evadir" la realidad, pero esta evasión de la realidad trae consigo diversos elementos paralelos, tales como la adicción, transformar el tiempo de ocio en tiempo de consumo, situar esta sustancia como elemento mediador en las relaciones o transformar su consumo en el motor principal de la vida. La droga, entonces, se transforma en un elemento clave a la hora de conseguir el control social en sectores donde otros dispositivos de control no bastan. Difícilmente puede haber algo más eficaz y rentable para el dominio.

Nos alejamos de los discursos de varias ONG y algunas concepciones políticas que buscan victimizar a lxs consumidorxs como individuos presos y determinados por contextos imposibles de rebelarse y romper, si bien varias de estas violentas realidades son claves en la trayectoria de los sujetos, creemos en la fuerza de los individuos para romper con los contextos impuestos...si no fuese así, ¿Sería posible oponerse a este contexto que determina la sumisión y control? Pues el reinado del orden sería perfecto e incuestionable, pero la praxis revolucionaria sabe romper con su contexto.

Volviendo a un segundo aspecto para definir la función de la droga en el dominio, nos encontramos no solo con su consumo, sino por sobre todo, con la existencia de la administración económica de ésta en el llamado narcotráfico, donde las lógicas de poder y las distintas formas en que se expresan evidencian la fuerte jerarquía con que se manejan y el asfixiante control que pretenden imponer para administrar su mercado.

Estos miserables patrones o empresarios son la hipertrofia del propio poder estatal. Con represión, vigilancia y control en sus territorios, pero también ofreciendo una que otra mejora para conseguir la adhesión o simpatía, no presentan mayor diferencia a la lógica administrativa y territorial del poder establecido. Legal o ilegal, solo es una cuestión de forma y no de fondo.

Narcotráfico y guerra social: Algunos momentos claves y algunas respuestas

A lo largo de los últimos años el tráfico de drogas en ningún caso se ha encontrado ajeno como instrumento de lxs poderosxs en la comprensión del enfrentamiento y la guerra social. A continuación solo mencionaremos algunos breves ejemplos donde su uso ha sido evidentemente instalado para desarticular y desmantelar la conflictividad.

Como un muy buen ejemplo encontramos los programas de inteligencia del FBI, particularmente el COINTELPRO, encargado durante la década de los 60 y 70 de neutralizar los distintos movimientos y agrupaciones insurgentes en suelo norteamericano. Particular fue su sistemática inserción de drogas en barrios negros para desarticular desde adentro, y a los propios entornos de, a los Panteras Negras. La acción de contrainsurgencia trajo violentos enfrentamientos, asesinatos y transformar una población activa en zombis minando la organización desde sus propios territorios.

Una realidad para nada distinta a la ocurrida en Europa. Francia y España, por ejemplo, en la misma década vivieron la inundación de heroína en los barrios marginales, con agitación y conflictividades mientras en simultáneo desa-

parecía el acceso a la marihuana; el mercado ilegal sabe regularse perfectamente cuando de control social hablamos.

En el País Vasco, cuando la heroína instalada sistemáticamente y cuasi institucionalmente por parte de la policía conseguía desmovilizar cada vez a más sujetos, la organización ETA y otras expresiones de resistencia, por su parte, deciden combatir el tráfico atacando con explosivos distintos pubs o casas de reconocidos traficantes, dando vida a la consigna de "Amonal o metralleta, traficante a la cuneta".

En plena confrontación y agitación frente a Inglaterra, el IRA también decide frenar las continuas expresiones de narcotráfico al interior de Irlanda que amenazaban con desmovilizar el contexto de enfrentamiento, es así como mediante disparos en las rodillas se expulsaba a traficantes de las calles.

Los incendiarios disturbios en Francia durante el 2005 que se expresaron multiformes por los distintos barrios terminaron siendo confrontados y reprimidos por el poder con distintas tácticas. Además de la intervención policial en los barrios, el tráfico de drogas fue un elemento clave de control social, incrementando y aumentando la cantidad de cocaína a precios ridículos afectando directamente a los sectores que apostaban por quemar las ciudades. Se buscaba cambiar las urgencias y prioridades de lxs participantes en la revuelta.

En Grecia, durante los últimos años distintxs compaeñrxs anarquistas se han enfrentado con traficantes en continuos combates y manifestaciones de demostraciones de fuerza, buscando expulsarles de las calles. Un traficante abatido por balas y varios compañeros anarquistas heridos en ataques con golpes y cuchillos, han sido parte de la batalla que en estos momentos se sigue dando. La necesidad de expulsar a quienes colaboran con la policía, a quienes buscan mantener el control y orden de la ciudad, se hace cada vez más urgente.

El caso chileno no escapa a esta realidad global de confrontación, es así como durante la dictadura el incremento de pasta base[I] en las poblaciones más combativas fue, sin lugar a dudas, una fuerte herramienta desmovilizadora



del enfrentamiento; efectos que continuaron y se profundizaron ya entrada la transición democrática. En la actualidad nos encontramos con dos casos que evidencian este antagonismo innegociable en contextos de guerra social: en mayo de 2015 una manifestación estudiantil se desarrollaba en Valparaíso, un miserable narcotraficante se asoma por la ventana de su casa disparando contra la multitud, su objetivo era buscar controlar la tranquilidad del territorio para que no arruinar su negocio, de esta forma asesina a dos jóvenes.

En Santiago, la combativa conmemoración de la muerte de jóvenes revolucionarios

I La pasta base de cocaína, es una droga elaborada con los residuos de la cocaína y procesada con disolventes, similar al crack, se consume mediante pipas artesanales.

en dictadura en la población Simón Bolívar, era comúnmente recordada con barricadas incendiarias, enfrentamientos con la policía y la participación activa de varixs compañerxs antiautoritarixs, en los últimos años se vio interrumpida por los disparos de narcotraficantes hacia la manifestación. Nuevamente el objetivo era atacar sobre el montón y disolver la manifestación que les arruinaría el negocio.

Con este breve recuento situamos al narcotráfico en la guerra social, y si bien nos mantenemos lejos de las lógicas armadistas, jerárquicas y nacionalistas de algunas organizaciones que los han enfrentado, sí nos permite conocer el nivel y profundización de las armas del enemigo en su arsenal para enfrentar a quienes perturben el orden establecido.



Entonces no basta la consigna, sino que se hace necesario reflexionar, comprender y enfrentar al tráfico y su cultura desde una perspectiva anárquica e insurreccional, que vaya trazando un camino propio, no solo de ruptura total con estos sujetos, sino de confrontación y ataque multiforme.

Narcotráfico y entornos antiautoritarios: Peligrosa reproductibilidad

Es dentro de las particularidades del entorno anárquico en este territorio que podemos observar elementos que ameritan ser reflexionados y puestos en tensión sobre el narcotráfico y la cultura de la droga. No sabemos qué tan extendido se encuentra en otros territorios, pero, sin lugar a dudas, un aporte del internacionalismo no es solamente el apoyar luchas alejadas, sino saber hacer cercanas experiencias a pesar de la distancia potenciando nuestro aprendizaje.

Lejos de buscar cualquier indicio de uniformidad dentro de un amplio entorno ácrata, nos merece la pena cuestionar y rechazar ciertos elementos propios del narcotráfico: su cultura y estética han ido permeando entre quienes deseamos la destrucción del orden establecido. No se trata de mantener algún molde del anarquista ideal, creemos que este no existe y que es la lucha contra la autoridad en todas sus formas por desterrarla de nuestras vidas la que nos va guiando en los desconocidos caminos con que tratamos de superarnos.

Sujetos que trafican en espacios anarquistas, sean fiestas o tokatas/conciertos, finalmente son pequeños tentáculos de cadenas productivas mayores para el dominio; el control y las ganancias económicas solo pueden generar nuestro rechazo. Negar la posibilidad de su circulación permite también abrir el espacio a la confrontación con ese mundo y las distintas formas en que se expresa el dominio y la normalidad, es entonces que los sujetos que deseen surgir como emprendedorxs de la intoxicación asumen la defensa de este mundo, fortaleciéndolo en los aspectos donde las herramientas más clásicas del poder no llegan.

¿Realmente habrá algo que podamos rescatar del narcotráfico? De seguro nadie lo defenderá públicamente a excepción de los delirios eco-místicos que sitúan positivamente cualquier expresión que "se vea" contraria al ciudadano, pero tímidamente en entornos ácratas se intuye cierta admiración por algunas prácticas ilegales donde el/la traficante pueda desenvolverse. Esta mirada no comprende ni profundiza que la lucha contra la autoridad se define lejos de los estrechos cánones de legalidad o ilegalidad, donde las formas de ataque, de asociación y confrontación con el mundo existente no se encuentran marcadas por la legalidad o ilegalidad y por ende no todo lo ilegal representa algún avance o aporte a la lucha contra la autoridad, es más, ni siquiera contra la ley.

Algunxs compañerxs se muestran admiradxs del poder de fuego y dinero, muchas veces ostentado en algunas protestas nocturnas, donde mediante enfrentamientos armados con la policía confluyen y conviven distintas expresiones en las poblaciones[II]. Triste reflexión que se obnubila con metales fríos e inertes sin prestar atención a quien los porta (policía, narcotraficante, militar, fascista, latifundista) manteniendo una admiración y valoración del dinero como símbolo de triunfo y éxito en este mundo de mierda. Los papeles entintados sacados del trabajo asalariado, del emprendimiento empresarial o de la explotación y envenenamiento nos parecen igual de absurdos y sinsentidos, solo prueban lo vacío de sus vidas cimentadas en aparentar o exhibir la opulencia.

Pues de forma impresionante vemos cómo se va reproduciendo la música, películas, estética o las formas propias de las mafias y el gangster en un espejo triste y patético que más tiene que ver con imitar formas de reconocimiento social dentro de alguna población que con una vida en constante combate y confrontación. Autos, joyas, marcas y armas son tan vacíos, tan tristes, que evidencian otra expresión de la normalidad ciudadana, esta vez no de buenxs trabajadorxs, sino de marginales deseosxs de un mundo repleto de brillos. Esquemas y formas de vida tan sistemáticamente asimilables que ni siquiera pretenden enfrentar este orden. Punto aparte merece lo absurdo de vincular a las drogas con un mundo ilegal y marginal ajeno al mundo de ciudadanxs de bien; el consumo de distintas drogas está bastante extendido en los hombres y mujeres "de bien", aun cuando la propia hipocresía no deje en evidencia ni haga ostentación de eso: cualquiera que se dedique un tiempo a ver y escuchar observará la gran integración de estas sustancias en la vida normal repleta de trabajadorxs, dueñas de casa, matrimonios y vidas felices.

¿Pues, entonces, queda algo que rescatar? ¿Algo que resignificar? ¿Las autoridades, las jerarquías, las imposiciones, el dominio, el control, la cultura de la marginalidad? Absolutamente nada, solo nos vuelve a recordar la necesidad de profundizar en las reflexiones y salir de las consignas que solo se transmiten con la mera repetición. No hay análisis propios que puedan ver la trama del dominio y la autoridad, se vista de los colores que se vista o hable los códigos que hable.

Rechazar la nefasta reproducción de estas lógicas en nuestros espacios es tan necesario como reflexionar en el propio quehacer anárquico para enfrentar todas las formas de control y dominio, incluyendo el narcotráfico, combatiéndolo como una herramienta más del poder, enfrentando a quienes lo sustentan, lo defienden, financian y avalan.

II Para profundizar sobre este punto ver artículo " AVIVANDO LA LLAMA DE LA REVUELTA: Reflexiones y perspectivas sobre la lucha callejera en la región chilena."



Tendencias Salvajes Misantrópicas: otras expresiones de autoritarismo y de pensamiento sagrado.



Ante la reciente proliferación del eco-extremismo y algunas opiniones vertidas en los medios de difusión afines a esta tendencia, surge la necesidad de este texto. Sin pretender entablar un diálogo, aclararemos unas pocas cosas que nos parecen esenciales.

Desde hace algunos años diversas individualidades de distintas localidades del continente americano (en especial del territorio dominado por el Estado Mexicano) cercanxs a las posturas y luchas contra la civilización, dieron forma a una tendencia a la que denominaron "eco-extremismo". ¿Qué es el eco-extremismo? Aunque hay sutiles diferencias entre quienes se sitúan bajo ese concepto, más o menos podemos hablar de un consenso entre ellxs, ya que ven como a su enemigo al conjunto la humanidad; ésta con su civilización serían incompatibles con la Naturaleza Salvaje. Entienden que la guerra contra la civilización es indiscriminada, por lo que cualquier persona representaría un enemigx. Al ser la humanidad el problema, cualquiera puede ser el objetivo, no importa el género, condición económica, edad, etc. Las formas de ataque de estos grupos se inspiran en las más



diversas experiencias, no les importa recoger las “enseñanzas” [I]de fanáticos religiosos como ISIS o de partidos que apuestan por la liberación nacional, mientras las formas sean indiscriminadas les sirven.

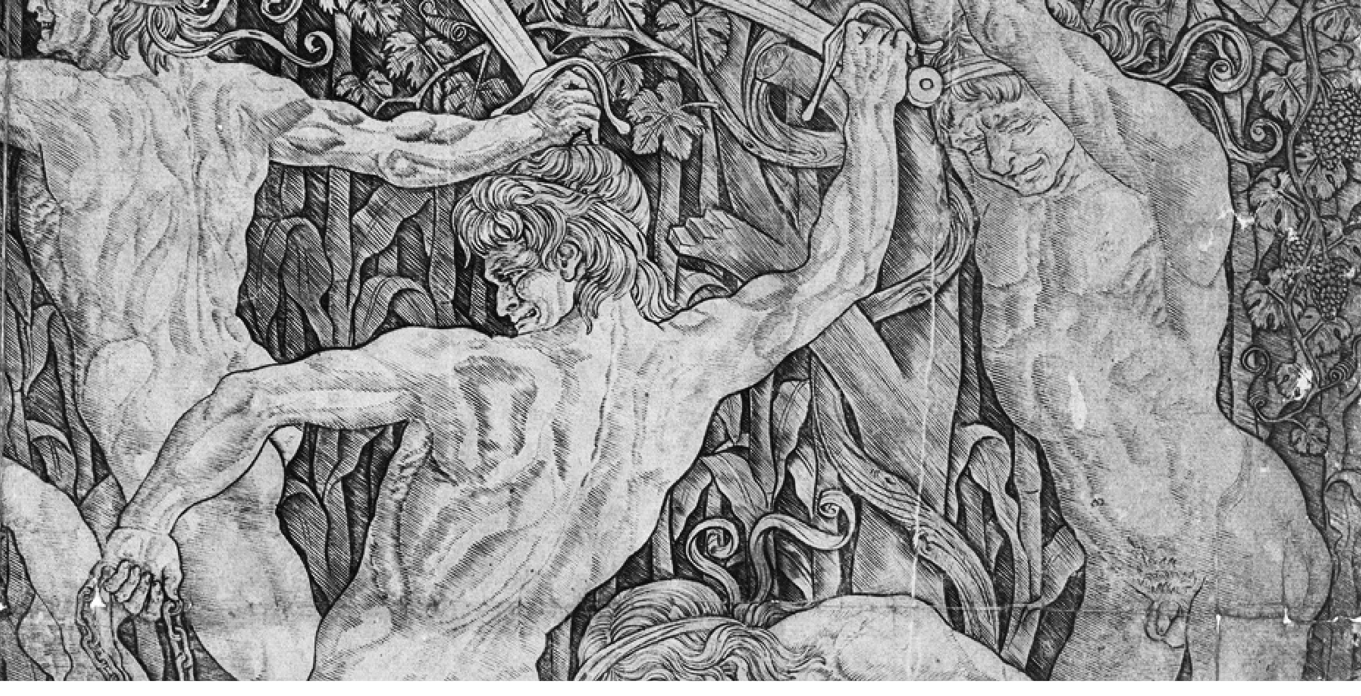
Uno de los grupos de acción más emblemáticos de esta corriente es “Individualidades Tendiendo a lo Salvaje” (ITS). En el año 2011 comenzaron a atacar con explosivos diversos centros de investigación tecnológica en algunas ciudades mexicanas. Con el transcurso de los años, los ataques continuaron y a su vez aparecieron varios grupos afines, teniendo, todos estos, como objetivo común de su lucha la civilización. En al año 2014 aparece “Reacción Salvaje” (RS) concentrando a varios grupos eco-extremistas y dejando de lado las siglas ITS. Ya para el año 2016 vuelve ITS con el objetivo principal de expandir el proyecto a nuevas localidades. Ese mismo año desde los territorios dominados por los Estados chileno, argentino y brasileño surgen ataques y reivindicaciones afines a ITS. También existen organizaciones simpatizantes de esta tendencia que van desde una óptica individualista hasta la anti civilización, como por ejemplo las Sectas Egoarcas en Italia y también han surgido afines al eco-extremismo en Alemania, Francia, Finlandia, etc.

Para conseguir sus objetivos, que es el fin del humano civilizado, se han adjudicado todo tipo ataques que van desde el abandono de artefactos explosivos en la vía pública durante el día hasta incendios, cartas bombas y algunos asesinatos. Además, creen que cada fenómeno natural que dañe a los humanos en sus vidas y propiedades es afín a sus principios de acabar con la civilización, por lo que han reivindicado en sus páginas de internet marejadas, terremotos, nevadas, etc.

Entre la radicalidad estética y lo sagrado

Los eco-extremistas se autodenominan individualistas y nihilistas, muchxs de ellxs provie-

I Hemos encontrado varios artículos referidos a, según los eco-extremistas, *“lo que se puede aprender de distintos grupos para la guerra contra la civilización”*, principalmente hablan de recoger experiencias, formas de ataque, etc., por nombrar algunos ejemplos está el artículo de la revista *Ajejema* que se titula *“Ejército del Pueblo Paraguayo” (EPP)¿Qué se puede aprender de ellos?* , en el que señalan : *“Cosas valiosas se pueden aprender tanto de los grupos armados de izquierda como de derecha, y no tenemos ningún problema moral en admitirlo pues más de una vez nos hemos reivindicado con una marcada tendencia a lo anti-político y lo anti-ideológico”*.Y otro en la revista *Extinción* n°6 llamado “*Las lecciones dejadas por el Estado Islámico antes de su colapso”,* en el que señalan: *“La guerra del estado islámico es una auténtica guerra contra la civilización, y aunque esto, seguro que si triunfarían impondrían con mano de hierro su civilización islámica, es una guerra de todas formas, así que en lo personal, yo no tengo ningún problema moral en aprender de ella”.* En las formas de ataque los eco-extremistas recogen de ISIS, entre otras cosas, el uso de gallinas, burros y hasta niños con síndrome de Down adosados con bombas.



nen del anarquismo y, según sus propias palabras, se acercaron al anarquismo buscando la "salvación" y la "comunidad libre" y solamente vieron "un conjunto de cristianxs moralistas" por lo que optaron por irse hacia algo "más radical". Esta búsqueda de la "radicalidad", la entendemos más como la apropiación de todo lo que se vea como "políticamente incorrecto", según los parámetros de lo que la ciudadanía recoge. De esta manera, si el día de mañana hay un nuevo concepto que moleste o perturbe al "humano normal" ellxs, sin duda, se lo apropiarán. La radicalidad es acabar con la raíz del problema, no ir hacia lo más extremo o provocador.

Han cimentado sus bases teóricas en el estudio de algunos pueblos cazadores- recolectores nómadas; según sus propias palabras, han rescatado el animismo pagano, sin embargo han creado una nueva fe basada en diversas deidades ancestrales. Su pensamiento sagrado politeísta quizá no es tan violento como el Dios cristiano, pero es un (o unos) Todo Poderoso al fin y al cabo… nos parece curioso que se llamen a sí mismos individualistas y nihilistas siendo que creen en entidades que están por sobre ellos, ¿cómo se puede desarrollar el individuo integralmente si su realidad está supeditada a algo que lo controla? Apelamos y luchamos por destruir todas las cadenas, credos y leyes. Somos y seremos enemigxs de cualquier religión, se llame cristianismo, paganismo animista o Naturaleza Salvaje. Ninguna doctrina estática ésta por sobre nosotrxs.

Liberémonos de todo lo que es sagrado, no tengamos ni fe ni ley, y nuestros discursos tampoco las tendrán. **Max Stirner**

Vemos en sus escritos cómo tratan de ser dueños de la Verdad y sacralizan su guerra contra la civilización en una suerte de neo-inquisición contra todo lo que, para ellxs, no es correcto o contra todo lo que represente los valores "civilizados". Al validar su postura como "la única realidad posible" necesariamente se sitúan por sobre el resto, marcando la pauta de "lo bueno y lo malo". Sus evidentes posturas autoritarias están estrechamente ligadas al absolutismo de sentirse poseedores de una determinada sabiduría y de creerse lxs elegidxs para la Cruzada naturalista.

Sagrada es entonces la más alta de las esencias y todo aquello por lo cual se revela o se manifiesta a sí misma, y también sagrados son los que reconocen a ese supremo en su propio ser, es decir, en sus manifestaciones. Lo que es sagrado santifica a su vez a su adorador, quien por su culto se convierte el mismo en sagrado; y del mismo modo santifica todo lo que hace: santo comercio, santos pensamientos, santas aspiraciones, santas acciones, etc... ***Max Stirner***

Sobre las críticas oportunistas.

Como bien afirman, somos cosas distintas, por lo que no nos interesa hacer una crítica a su quehacer ni mucho menos caer en la salida fácil del insulto. Los cuestionamientos que ellxs hacen al anarquismo no nos afectan, ya que no compartimos la forma en que lo ven; como una doctrina con pautas de comportamientos rígidos e inamovibles. Nosotrxs lo entendemos y lo vivimos como un conjunto de ideas y prácticas antiautoritarias que se enfrentan a toda forma de dominación. Es una tensión constante no una realización o una ideología. Es la destrucción de todo lo que nos hace esclavxs, construyendo nuevas formas de relacionarnos entre todxs los seres que habitamos este mundo y éstxs con la Tierra.

Cuando se critica a lxs anarquistas de tener una moral como si fuésemos unos religiosxs o dueñxs de la Verdad, nosotrxs decimos claramente que rechazamos la moral, entendiendo ésta como la institucionalización de ciertas pautas y comportamientos que son inamovibles, es decir, cuando pasa a ser un "porque sí" y no un aprendizaje basado en la experiencia de lo que nos resulta beneficioso. Preferimos la terminología de ética, que viene de *ethos* o costumbre, pero no referido a una tradición sino a la experiencia, a lo que es habitual. No somos ingenuxs ni conformistas, sabemos que dentro del anarquismo existe un amplio abanico de tendencias y que, entre éstas, las hay opuestas. Hay quienes ven al anarquismo como un dogma tomando los postulados de algunxs compañerxs de otras épocas como si fuesen sagradas escrituras. De esta forma, pensamos, se coarta la libertad individual dentro de sus formas organizativas. Las críticas a estas formas de pensamiento y las diferencias en lo referido al accionar existen desde que hay anarquistas que primaron la integralidad del individuo y/o dieron un salto cualitativo y radical en las formas de ataque. Las críticas que hacen algunxs eco-extremistas a ciertas formas del anarquismo no son nuevas...hay quienes llevamos varias décadas (por no decir más de un siglo) haciéndolas. No esperamos un día para la revolución, ni la legitimidad de las masas y no tenemos un patrón uniforme de conducta a seguir.

Nuestra opción es destruir cualquier autoridad.

Como ya explicábamos anteriormente, muchxs de lxs eco-extremistas provienen del mundo ácrata, específicamente de la lucha eco-anarquista y primitivista, por lo que es lógico que puedan haber muchas cosas que compartamos, pero hay muchas otras de fondo que nos hacen estar en lados opuestos. Podríamos explayarnos en varias pero abordaremos específicamente la visión de la autoridad. En un texto que encontramos en sus medios de difusión digital titulado "Mito anarquista" señalan:

Entendemos que la autoridad y la organización jerárquica no es, por ende, ni "buena" ni "mala" si no es algo que simplemente es, les guste o no, muy natural en el comportamiento humano desde siempre. Por tanto podemos ser unos falsos y caer en la hipocresía de los anarquistas y los "anti-autoritarios" o asumir la realidad y usarla en lo que nos conviene.

No obstante, de forma curiosa, en el mismo texto se denominan como individualistas que no "agachan la cabeza ante nadie" y que además "no necesitan que les digan lo que tienen que hacer, pensar o qué decisiones tomar". Esta dicotomía que une a la jerarquía y a la libertad individual expresada por el o la autorx, nos parece profundamente contradictoria. Nuestra idea de individualismo parte de la base de ubicar al individuo en el centro de todo accionar, es decir, no está por sobre el colectivo ni por debajo a él, nada lo somete. Somos completamente contrarios a la postura de lxs eco – extremistas, somos enemigxs de cualquier forma de autoridad y no vemos a la jerarquía como algo "muy natural" en las organizaciones humanas. Para dejarlo



claro; anarquía proviene del prefijo griego "an" que significa "sin" o "no" y de la raíz arkê que se traduce en "poder" o "mandato".

Entendemos que para que se generen relaciones de poder básicamente tiene que existir algún tipo de mandato y una obediencia, la cual puede ser coercitiva o no, pero no deja de ser violenta. Para respaldar su "jerarquía natural", suelen analizar varios comportamientos de algunos pueblos cazadores-recolectores. Nosotrxs haremos lo mismo. Según lo planteado por Pierre Clastres en "La sociedad contra el Estado", al estudiar los distintos comportamientos de varias tribus del cono sur (eso sí, dejando de lado a las grandes civilizaciones de Los Incas y Mayas), dice:

Como rasgo pertinente de la organización política de la mayoría de las sociedades indígenas es la carencia de estratificación social y de autoridad del poder: algunas de ellas como la Ona y la Yagan[II] *de Tierra del Fuego, no poseen ni siquiera la institución del liderazgo; se dice de los Jíbaros*[III] *que su lengua no tiene término para designar al jefe.*

Casi todos los escritos que se conocen sobre el comportamiento de muchos pueblos originarios americanos son de sacerdotes evangelizadores, conquistadores europeos e investigadores contemporáneos. Los primeros y los segundos venían de tierras donde existían grandes reinos, por lo cual conocían perfectamente lo que es la obediencia, y los estudios posteriores reafirmaron lo señalado anteriormente. Clastres lo explica claramente;

Ahora bien, la experiencia directa sobre el terreno, las monografías de los investigadores y las más antiguas crónicas, no dejan lugar a duda sobre ello: si hay algo completamente ajeno a un

---

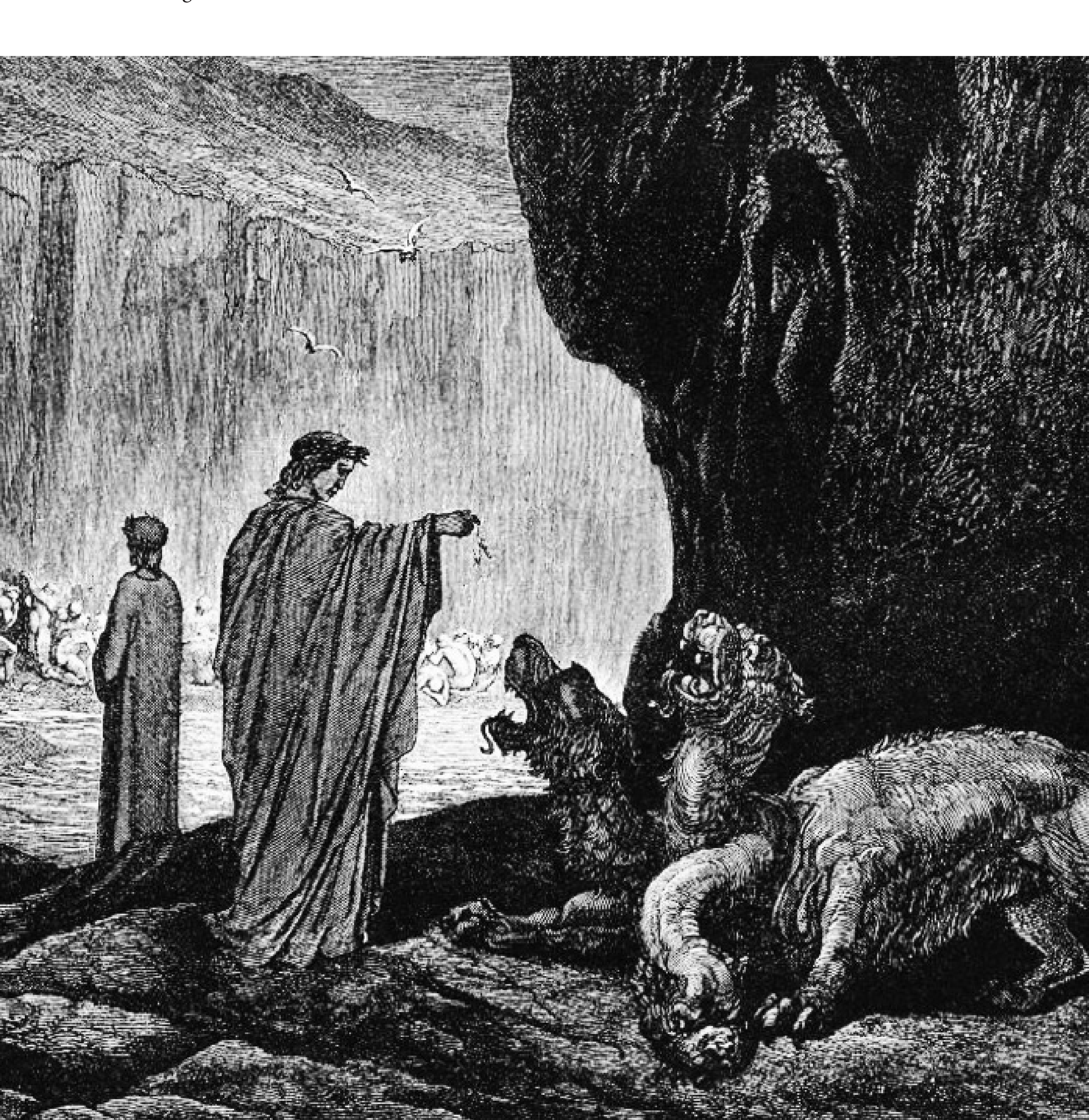
II Ona y Yagan, pueblos que residían en Tierra del fuego. Los Onas o Selknam se encuentran extintos, el año 2006 murio la última mujer Yagan

III Los Jíbaros es un nombre despectivo para el pueblo Shuar, son los indígenas amazónicos más numeroso (aproximadamente de 80 000 individuos). Los Shuar habitan entre las selvas de Perú y el Ecuador.

indígena es la idea de dar una orden o tener que obedecerla, salvo en circunstancias muy especiales, como sería la expedición de la guerra.

Miramos, analizamos y aprendemos de distintos pueblos, pero tenemos claro que no somos ni queremos ser como ellxs e incluso desde nuestra visión occidental (la cual intentamos destruir) hay muchas cosas que nos cuesta entender. Queremos acabar con la dominación, y en ese ejercicio construimos nuevas formas de relacionarnos, creamos nuevas dinámicas y no queremos las de otrxs, sean partidos, vanguardias o indígenas.

Lo más seguro es que con lo escrito anteriormente nos tilden de antropocentristas hipercivilizadxs cristianxs; puede que lo seamos, no intentamos dar lecciones a nadie, sino simplemente queremos dejar las cosas claras. De este mundo no queremos dejar ni sus sombras, queremos destruir cada uno de los eslabones de esta gran cadena que nos hace esclavxs, entre ellxs también incluimos a la civilización, ya que somos conscientes del daño que hace a todo lo que le rodea, pero con esto no creemos que la solución sea la misantropía y sacralizar a la naturaleza, es más, creemos que es parte del problema.



... si te embriagas con el incienso y las promesas que vierten sobre ti los que siempre te han traicionado, te engañan y te venderán mañana, es que tú mismo te pareces a ellos. Es que no vales más que la horda de tus famélicos aduladores. Es que, no habiendo podido elevarte a la consciencia de tu individualidad y de tu independencia, eres incapaz de liberarte por ti mismo. No quieres, luego no puedes ser libre.

¡Vamos, vota! Ten confianza en tus mandatarios, cree en tus elegidos.

Pero deja de quejarte. Los yugos que soportas, eres tu quien los impone. Los crímenes por los que sufres eres tu quien los cometes. Tú eres el amo, tú el criminal, e, ironía, eres tú el esclavo y la víctima.

- Albert Libertad, 1906.